

POÉTICA DE LA COTIDIANIDAD

XIMENA ALEJANDRA ROSERO ANDRADE

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015

POÉTICA DE LA COTIDIANIDAD

XIMENA ALEJANDRA ROSERO ANDRADE

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al título de licenciada en
Filosofía y letras

Asesor
DUMER MAMIÁN GUZMÁN

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015

NOTA DE RESPONSABILIDAD

Las ideas y conclusiones aportadas en el trabajo de grado son responsabilidad exclusiva del autor.

Artículo 1º. Del Acuerdo No. 324 de 11 de Octubre de 1966 emanado por el Honorable Consejo Directivo de
la Universidad de Nariño.

Nota de aceptación

Presidente de Jurado

Jurado uno

DEDICATORIA

A la que se posa llena en el presente desde mi antigua casa, mi LUZ, para ella cada movimiento...

A Fernando, por abrazar mis delirios; a Mónica.

Al ser de mi génesis, el hombre que me enseñó a distinguir las amazónicas nubes, a escuchar las piedras, los ojos del agua, las olvidadas quinchas; en sus nublados ojos lleva el infinito.

En cada lectura de estas palabras, se multiplica con ecos mi cariño...

AGRADECIMIENTOS

A las comunidades que el en café compartir tomaron mi mano para pasarme el corazón... Mocondino y Jenoy.

A las manos que me abrazan eternamente: Alejandra.

A Glori, por cada espacio en su hogar.

A Sandra D. y su familia, mis amigos de amor y abrigo.

A la madre de aullidos y pájaros, Fabiolita.

A quienes comparten conmigo la palabra, aunque me salgan como disparate: Dieguito y Se.

Al Instituto Andino de Artes Populares, por los caminos recorridos.

Nada de esto es mío, todo es de ustedes...

RESUMEN

Metodológicamente, este proyecto nació del sentimiento emotivo, de la impresión que causa en el alma la expresión del *ser* comunero. La tarea fue trazar una circularidad del conocimiento, tomando al *tiempo* como una metáfora que florece junto al recuerdo, a la memoria, al transcurrir, al andar por la tierra y el cultivo de su poética. La *reflexión* andando los caminos de la comunidad, su travesía, perfumándolos compartiendo y orientándolos a la sensibilización del conocimiento en la experiencia vital. En este sentido, la investigación procuró expresar o *captar instantáneamente* el ser-sentir manifiesto en la cotidianidad, de ahí que fue un proceso mutuo donde se involucró a la comunidad (dueños y protagonistas de *su historia*) para la observación e integración de las expresiones dinámicas, impregnadas de esencias y estados propios del diario vivir.

ABSTRACT

Met methodologically, this project was born of emotional feeling, the impression of the soul be commoner expression. The task was to draw a circularity of knowledge, while taking as a metaphor blooming next to memory, memory, when passing, to walk the earth and its poetic cultivation. Reflection walk the roads of the community, their journey, guiding them to perfumándolos sharing and knowledge awareness in the life experience. In this sense, the research sought to express or capture instantly being-feel clear in everyday life, there was a mutual process where the community (owners and protagonists of their history) for observation and integration of expressions became involved dynamics impregnated with essences and eigenstates of daily living. odológicamente, this project was born of emotional feeling, the impression of the soul be commoner expression. The task was to draw a circularity of knowledge, while taking as a metaphor blooming next to memory, memory, when passing, to walk the earth and its poetic cultivation. Reflection walk the roads of the community, their journey, guiding them to perfumándolos sharing and knowledge awareness in the life experience. In this sense, the research sought to express or capture instantly being-feel clear in everyday life, there was a mutual process where the community (owners and protagonists of their history) for observation and integration of expressions became involved dynamics impregnated with essences and eigenstates of daily living.

GLOSARIO

Abrojos: semillas naturales que se adhieren a la ropa para marcar al caminante y propagarse.

Achira: planta que en sus hojas deja reposar los alimentos para aguardarlos de un buen sabor.

Arconte: guardián de los espacios sagrados.

Caguito: utensilio de cocina para ordenar platos, cucharas, tenedores y cuchillos.

Cañoto: planta cuyo tallo sirve para elaborar los canastos.

Carbunco: perro negro fantástico, con un diamante en la frente, cierta tradición considera que custodia las guacas.

Chancuco: bebida fermentada a base de dulce de caña.

Chirapa: gallina de plumaje alrevesado.

Chonta: madera dura, semejante al ébano.

Cueche: ser-poder del agua. Algunos lo identifican con el arco iris.

Cuscos: tinajas para recoger agua.

Cute: herramienta para voltear la tierra.

Enteje: acto de entejar y fiesta en celebración de la casa construida para los nuevos matrimonios.

Guachos: montículos de tierra que se elaboran para sembrar la papa.

Guangos: conjunto de objetos largos atados.

Guarango: arbusto.

Matojones: arbustos en retoño.

Morocho: alimento, también conocido como mazamorra.

Pachacutear: trastocar.

Pilches: vasos del fruto del totumo.

Picachos: montañas puntiagudas.

Quinchas: cercas naturales.

Tarugo: tapón.

Tabla de Contenido

INTRODUCCIÓN	12
LA VIDA COTIDIANA Y LA EDUCACIÓN.....	16
LA HOGUERA.....	19
<i>Armarios</i>	22
Tendedero	24
Ventanas	25
La Máquina de Coser.....	26
Altares.....	27
Piedra de Moler	27
El Soberado.....	28
IX Espejo	29
Lavadero	30
Cocina.....	31
Fogón.....	32
Armonio.....	33
Fotografía.....	34
LUGAR	36
Piedras	37
Agua.....	38
Flores	39
Raíces.....	40
Vacas	40
Encina de Mar.....	41
Encomienda	42
SEAMUS.....	44
<i>Unirse en compañía</i>	46
La Perra Vida.....	47
Becerrillo	47
Aullidos	48
Primer aullido: El inolvidable.....	49
Segundo aullido: Buscavidas.....	51

Tercer Aullido: Luna	54
EL VERBO	56
Don JOSÉ MARÍA	58
<i>Don PLINIO</i>	64
<i>Doña LICENIA</i>	68
<i>Don ZACARÍAS</i>	71
CONCLUSIONES	74
BIBLIOGRAFIA.....	75

INTRODUCCIÓN

El tiempo corre vibrante, la tierra no quiere acabarse con él y pide una pausa para recrear los profundos instantes que la componen: ensoñaciones que enfrenten los límites de la muerte y vuelvan al génesis con la palabra.

Enfrentándose a un supuesto progreso urbano, auspiciado por poderes impositivos que reordenan territorios y la vida misma, las comunidades cercanas a la ciudad de Pasto atraviesan un momento axial de su existencia: oscilan en los extremos de la vida colectiva, sin saber si continuar recreándose como comunidades originarias o desaparecer en la urbe.

Investigar y recrear literariamente la cotidianidad es comprender ese *momento trágico* de situaciones multiformes y resaltar el arte del vivir. Es una apreciación emotiva del misterio de la vida, del acontecer que pasa dialogando con múltiples maneras de ser, sentir y pensar el alma del que lo vive; el poeta, en su vigilia y sueño, recrea todo su esplendor latente, reflexiona el detalle que parte de lo más simple, de lo más puro, pero también de lo más encantador: *el reflejo de la vida*.

Caminar solidario que recorre las entrañas del otro y las de uno mismo y que pretende aportar a “repensar la Universidad y la región” desde una perspectiva que mira, en la *vida* de los pobladores rurales que rodean a Pasto, un saber común cargado de voces milenarias que se transfiere y acciona en la tradición.

La profundidad familiar en el día a día, de forma espontánea y sencilla, es el decir y no decir de la tierra, de los espíritus y de sus energías, es conocimiento y visión auténtica de la totalidad que dispone su huella y su rostro en el territorio a la manera de un tiempo-espacio *mítico primordial, indefinidamente recuperable*. (Eliade, 1991, p.12).

Huellas y rostros ligados a la memoria ancestral por provenir de la trashumancia de los abuelos. Como diría Vergara (2011):

Tener la certeza de que al pasar, algo queda siempre, o va quedando, y que al quedar se integra, a lo menos como huella, en ese modo de ser transeúnte que es propio de lo humano. Es decir, que la

continuidad deja marcas, también señales, a veces profundas, imborrables, que convocan a la memoria. (Vergara, 2011, p.69)

Dar forma en la palabra poética a la acción del ser-sentir brinda una nueva perspectiva que visualiza la necesidad de atravesar los encasillamientos que fijan a la cotidianidad como un espacio de desolación y estancamiento. Cuéllar (2008) propone una reflexión filosófica en torno a la trascendencia del diario vivir como punto de partida para el reconocimiento del sentido de la vida. Alusión a la felicidad de una manera más modesta a como la piensa la modernidad, proponiendo una mirada de asombro a lo sencillo para entender la capacidad constante de producción de conocimiento desde los saberes corrientes, los cuales, en el tratamiento epistemológico, han ocupado un lugar casi desapercibido e irrelevante y han sido opacados por la influencia de modelos de vida considerados mejores.

Descubrir esta presencia de lo cotidiano que se revela y se oculta en el reencuentro de realidades e inventos primarios hace brotar la emoción y, con ella, la “identidad” de lo humano, la poética que surge de la relación con el otro, del compartir vidas en sus momentos más sublimes, en los desafíos que el universo les propone y en la expresión que se manifiesta para crear soluciones. El reconocimiento, entendido como el acercamiento al otro, siempre terminará en la identificación de la totalidad, de la *comunidad*. Compenetración que amerita tener los sentidos desprendidos de una teoría simplista y paralizante, para desbordarse a la recreación del *no sé qué* de las labores comunitarias. De Certeau (2000) dice: “estas prácticas ponen en juego una *ratio* "popular", una manera de pensar investida de una manera de actuar; un arte de combinar indisociable de un arte de utilizar” (p. XLV). Exteriorización de la memoria como el valor y la naturaleza de la magia de lo cotidiano, como “la huella de la vida que está dotada de ese “no sé qué” que siendo propio y singular se universaliza en la comunidad.

La memoria refugia y recrea la esencia de los sentires que emergen en el acontecer diario; gracias a ella se construyen los tiempos y se sucede la cotidianidad. Sin ella no habría espacio para las rutas del hacer, porque se perdería consciencia de lo que mantiene al ser vivo: el quehacer poseedor de las huellas que resguarda la relación comunitaria, porque el hacer del uno lo continúa y lo complementa el otro.

Se crea memoria cuando ésta llega a la orilla del corazón y se antepone como maravilla revivida que se devela en los instantes del diario vivir. A veces es palabra que muta y toma diversos significados (depende de cómo se la comparta y transmita), otras veces toma forma de recuerdo que apacigua el tiempo permitiendo mantener activo el ritual de su sentir; además, origina mundos gracias a su relación con otras dimensiones, como las espirituales, las cuales inventan una simbología cósmica alrededor del día a día, como bien lo menciona Vejarano (2006): “El símbolo es la expresión del alma del ser humano. Allí, en el alma, se encuentran plasmadas todas las imágenes que ha dejado el tiempo y que han conjurado ‘el drama anímico hacia el espacio cósmico’ y han protegido al ser de toda inquietud”. (Vejarano, 2006, p.65)

En la búsqueda de la experiencia en el quehacer cotidiano de la memoria, se entiende ésta como *terrestre* y natural:

La delimitación de un lugar es un acto de amor, de elección amorosa: ése es su territorio, aquel donde has de vivir, de **perseverar y de multiplicarte**. Lo que te identifica con el lugar te identificara también con tu propia historia, que es lo que vas a trasmitir también a tus hijos y se convertirá también en la historia colectiva de los que allí viven. Por eso la memoria es siempre territorial, no es una entelequia que flota, siempre está vinculada con un lugar. (Nallim, 2001, p.44)

El territorio, como texto y contexto, acoge la existencia del ser gracias a un pacto comunitario, donde es recibido siempre hospitalaria y familiarmente, experimentando el gozo y el bienestar que, en esencia, son la construcción posible del vivir diario. El estar en la tierra significa vivir la experiencia cotidiana con la necesidad de encontrarse refugiado. El territorio se presenta como *la casa*, como ese hogar que abriga y, a la vez, alberga la imaginación.

Dice Palacios (1983) que el espacio-territorio-físico no puede existir por sí solo, sin el que lo habita; siempre será el lugar en donde la vida se ve reflejada, el lugar que permita la gestión del pensamiento; de ahí la relación indisoluble de la comunidad con su entorno, donde se vitaliza el territorio a partir de la acción colectiva.

El territorio es, por lo tanto, el lugar donde se funde el principio de comunidad, el lugar donde interactúa y recrea la comunión dialéctica entre la comunidad de la naturaleza, la comunidad humana y la comunidad de los espíritus. Mamián (2013) expresa al respecto:

Más que un espacio físico, el territorio se concibe y se vive como un ser-acontecimiento cultural, es decir un dechado y condensado de memorias en movimiento o relaciones y procesos contruidos y recreados por el tiempo: que recrea lo que podemos categorizar como la “memoria de la naturaleza, la “memoria de los espíritus” y la “memoria del tiempo de los hombres.” (Mamián, 2013, p.15)

Comunidad-territorio que, explica Friede (1976), es la base de la vida, vínculo y contacto desinteresado con la madre proveedora del alimento que rehace maneras de apreciar el pasar de la existencia (p.27). Sentir, que no ha sido comprendido por el hombre “blanco” para quien el territorio se convierte en objeto de compra, perdiendo todo *sentido* de reconocerlo como un ser vivo, para darle paso a lo contrario, a lo frío de la mercantilización que ha hecho perder la sencillez de la felicidad para atrapar al hombre en un mundo donde producir mercancías mantiene una prioridad en el desorden de la vida.

Poetizar la vida cotidiana es, como expresa *Kolakowski* (sf): “*no se siembra ni se recoge: la labor consiste sobre todo en remover la tierra*”. Remover que, al decir de Clavijo (2014), desprende formas de ver, pensar y, sobre todo, sentir el territorio. Cutear la tierra es cutear el pensamiento, darle la vuelta para comprender la forma de percibir el tiempo y el orden de la vida dentro de la lógica andina: transcurrir que, a la manera de Heráclito, deviene, pero para fortalecerse dentro del pasar concéntrico.

En el andar de esta experiencia, se advirtieron algunos escenarios y acontecimientos claves:

El Territorio, lugar desde donde se imagina y junto al que se concibe el mundo. Desde él se recrearon sus elementos y se escuchó a cada ser desde sus profundidades.

El *Templum* de la cotidianidad: la *Casa*. Volver a la primera nostalgia y excavar en el oculto misterio de la vida. Cosmos donde las marcas dejadas por los pasos de ánimas y el palpito continuo de los rincones que se habitan develan un itinerario espiritual que brinda interminables revelaciones de voces, confesiones que, sorprendentemente, la humanidad pasa desapercibidos, sin advertir.

La comunión de la palabra con el prójimo y sus *dones*, escritura *hacia atrás*, rememora la imagen de unos ojos, unos gestos y unos nombres que con los tiempos se hacen historia. La Poética de la

Cotidianidad busca abrir instantes, tomar cuerpo en cada visión de la fugaz totalidad, de la gota que camina el infinito universo de su hoja. Tal vez, insinuar lecturas metafísicas de lo sagrado, del tiempo primordial.

La compañía de los veedores del camino, de los amigos inseparables de quinchas y trochas que se revelan al escuchar los pasos vagabundos: *los perros de campo*.

Metodológicamente, este proyecto nació del sentimiento emotivo, de la impresión que causa en el alma la expresión del *ser* comunero. La tarea fue trazar una circularidad del conocimiento, tomando al *tiempo* como una metáfora que florece junto al recuerdo, a la memoria, al transcurrir, al andar por la tierra y el cultivo de su poética. La *reflexión* andando los caminos de la comunidad, su travesía, perfumándolos compartiendo y orientándolos a la sensibilización del conocimiento en la experiencia vital. En este sentido, la investigación procuró expresar o *captar instantáneamente* el ser-sentir manifiesto en la cotidianidad, de ahí que fue un proceso mutuo donde se involucró a la comunidad (dueños y protagonistas de *su historia*) para la observación e integración de las expresiones dinámicas, impregnadas de esencias y estados propios del diario vivir.

Se utilizaron las siguientes estrategias:

La primera fue un proceso etnográfico que permitió la descripción de la forma de vida y del pensamiento, yendo más allá de una observación exterior, encontrando la profundidad del sentir en todos sus aspectos y desenvolvimientos cotidianos, recorriendo así los caminos de la vida, orientados a la sensibilidad del conocimiento en la experiencia vital, desde la convivencia que permitirá la descripción de la cotidianidad como un verdadero arte.

La segunda fue la convivencia con la comunidad, la cual permitió el acontecer de la escucha para percibir y apreciar, a través de las palabras compartidas, el encuentro con la memoria. Así mismo, el convivir con su tiempo y espacio donde afloró la relación con los otros seres que habitan la tierra, el aire, el agua y el fuego. Apreciar el ser sentir, de manera que no solo se intervenga como receptor, sino, además, se engendre una relación que trastoque el vivir.

La tercera correspondió a los encuentros con la comunidad en sus celebraciones festivas, los cuales permitieron compartir para conocer, admirar y vivir lo que se infunde a partir de sus

manifestaciones artísticas concebidas en el tiempo y el espacio. Lo anterior, además, dió paso al despertar de los sentidos para observar y para participar en esas prácticas de creación colectiva que comprenden sus manifestaciones sentidas de acontecer en el territorio.

Alternativamente, en la medida en que se fue observando, compartiendo y viviendo con la comunidad, se desplegó el sentir particular que permitió concebir el texto poético, yendo más allá de la percepción, es decir, encontrando ese sentir profundo o aparición narrada movida por el alma.

Todas estas estrategias estuvieron acompañadas por gestos de permanencia que el alma y las manos hicieron posibles: el dibujo y la fotografía, los cuales se convirtieron en los testigos emocionales de la experiencia.

El dibujo, *ser del momento*, fantasea con los sentires de lo vivido. Cada imagen caminada con el pulso de la emoción, con una identidad fugada y sin rostro fijo, revela en el detalle lo que, tal vez, la palabra no alcanza a recoger en su nombrar. La fotografía echa vistazos de frente, rememora, captura el instante para guardarlo en la memoria.

LA VIDA COTIDIANA Y LA EDUCACIÓN

Desde una perspectiva educativa y pedagógica, la Poética de la Cotidianidad es una propuesta acorde con el Plan de Desarrollo 2008-2020, de la Universidad de Nariño, en el sentido en que el ideal educativo no puede ensimismarse en lo alto de una conducta intelectual que le impida recorrer los caminos sensibles del vivir cotidiano, pues su saber debe caminar y habitar también en la práctica comunitaria del día a día, esa que se siembra a pasos y que retorna para engendrar semillas que darán los frutos pasados y futuros del cuerpo y del espíritu, puesto que la Universidad:

Asumió la no sencilla tarea de pensarse junto con la región, unida consustancialmente a ella. Hemos entendido la institución en convivencia responsable con la región, lo que significa compartir con la comunidad sus saberes en los diferentes campos y, al tiempo, aprender de ésta, de sus diferentes cosmovisiones, de su multiculturalidad. Se trata de la construcción conjunta de un desarrollo regional alternativo. (Plan de Desarrollo 2008-2020, p.25)

Es decir, no para llegar a la región con la noción generalizada de *espacio vacío*, que puede ser ocupado o desocupado en beneficio de un estudio teórico-científico. O, para concientizarla, pues la poética cotidiana es el universo vital del detalle, la *estación* de la percepción guiada por la intuición-emoción que brinda la conciencia de *estar vivo*; es la mirada del diario vivir que permite la participación mutua y constante de saberes e individuos que, aunque no pertenecen a una comunidad académica, no pueden desconocerse como portadores de saber.

Al observar la fragmentación en el deber educativo que no ha reconocido la profundidad del entorno y su cotidianidad, como fundamentos de la formación, se pretende animar la búsqueda en el espacio y el tiempo de la transgresión de los silencios y murmullos que inventan y sugieren mundos de ilusión, magia y poesía, y adecuar la enseñanza de los saberes y de los constructos sociales propios, donde la presencia de la poética de la cotidianidad y lo diverso se manifiestan como una constante participativa. Conviene, entonces, repensar la educación desde perspectivas y alternativas vinculadas a otras-nuestras realidades sensibles, que han pasado desapercibidas; ver en la circularidad del pensamiento cotidiano la sustancia de la tradición que actúa como eje central que se agota y se fortalece constantemente.

Implica, también, el acercamiento a una realidad diversa, en contravía de una modernidad que cada vez más nos involucra en aspectos homogenizantes, arrastrándonos consciente o inconscientemente a hacer las cosas “*porque así deben ser*”; no se piensa, ni se siente, simplemente se actúa ignorando sentires que también educan.

La visualización de la invisibilidad cotidiana se suscita a partir de los “imaginarios socioculturales”. Imágenes de la cotidianidad con sentidos que *enseñan a* comprender la imagen de la vida misma desde lo más profundo.

En consecuencia, conviene entender que la educación sale de la casa, donde sentimos, donde moramos con principios sencillos, donde se enseña a aceptar lo propio y a escribir la emoción del acontecer.

Indagar con el territorio es un compromiso ético de aprender a escuchar la voz de los árboles, el eco de las montañas, los rastros del camino y otros seres que tienen los interrogantes y las repuestas de la vida. Esta relación del hombre con los seres y el entorno lo envuelve en un diálogo, lo hace heredero y aprendiz de la tierra.

La Poética de la Cotidianidad es el brotar del ser que fluye en el acontecer, que en la trashumancia capta el desenvolvimiento fugaz para hacerse tiempo largo, profundo, ese que verdaderamente guarda en la eternidad el sentido hondo y metahistórico de la vida.

Es un andar de aprendizaje trashumante, que reivindica en sus avatares el sentido de la vida. Desplazamientos desde lugares de partida como de recepción. Expansión de territorios en permanente cambio y transformación; una migración hacia lo desconocido, que vuelve a pensar los pasos errantes que devienen.

Aprendizaje trashumante que rompe con los esquemas inmóviles del pensamiento, que impulsa el encuentro de las soledades con sus emociones, esperanzas, sueños y pasiones.

De esta manera, también se pretende aportar a la educación filosófica y literaria una visión que, lejos de buscar una imposición racional de conceptos, procura reconocer en el entorno pensamientos y sentires que vitalizan la palabra, y de ofrecerle a la actualidad, que deja de la lado y desecha tradiciones que se nutren de lo ancestral, un sentido de pertenencia que la educación pasa desapercibido

Shh shh... ahora escucha

Los espíritus del agua hablan, suspiran con los consejos de los espesos árboles.

Las sombras de las nubes callan, esconden nostalgias en el cítrico cielo.

Los fragmentos de sed se los bebe el tiempo, las horas anuncian la sequía.

La luna no es pasajera, mancha al caer sobre el degradado paño.

El viento no sopla en vano, se entrega a los oídos que saben guardarlo.

La tierra sonámbula confía, procura abrazar el hambre para llevársela con ella.

Los comisarios del tiempo de arriba *vuelan*, cuidan las naciones.

En cada círculo se aproxima la cima, las dormidas montañas se mecen con el planear de las aves.

La casa insegura, desmarcada, sostiene paisajes.

Las orejas de la familia unen.

Los zapatos sin pies arrinconan el andén.

El pasaje avanza y gira entre la niebla, deja sentir los pasos que bajan.

El camino a lo alto tiene siempre en la cima la compañía de la LUZ.

El sueño habita la bruma y hace todo remotamente cerca.

La inmensidad está en nosotros.

LA HOGUERA

Uno invita a las personas a su hoguera para quedarse con sus fantasmas.



Nota al lector

Alabado sea el señor,

Bienvenido a la casa. Una chismosa y larga banca azul lo espera.

La construcción de esta morada se inició con la promesa de la palabra, como un santuario que plasma los gestos del universo en el aliento de cada ser, rincón y objeto que lo habita.

Dé lectura a la intimidad de las paredes que trazan este recorrido. No se moleste en limpiar las sombras de los muros blancos, ellas son la fuerza de los elementos y sirven de guía para que no tropiece con extrañas siluetas.

En cada relación espacial brinde el alabado a todas sus pisadas, única manera de romper los silencios y conversar tranquilamente con cada rincón habitado.

Si se acerca a las pequeñas ventanas, no las juzgue, no les reproche su insuficiente lucidez; con el tiempo entenderá por qué dejan ver a los de enfrente.

Líbrese de los malos pensamientos y las nostalgias en fuga, los colgados santos apuntan con su mirada y señalan con mano siniestra.

Si acaso llega a ver entrar las ramas de choclo, no se inquiete, son solo gallinas que lo han encontrado.

No se preocupe por el frío, la añosa casa en suerte de siete está dispuesta, el viento sabrá guardarse en sus espacios.

Si los vientos se rompen en los extremos de las puertas, son los malos aires, gustan chillar violentos sobre los rostros.

Si sale al patio y se siente solo, asegúrese de santiguarse ante la cruz erguida sobre el tejado. La teja pintada celebra el enteje. Una dulce colación golpea su cabeza. Únase al grito: ¡que vivan los que bailan!, y disfrute de la compañía.

Ropas dormidas en brazos de guascas amarillas le dan a conocer la compañía.

No reniegue del olor de la madera transformándose, ese abrigo arropa en palabra los helados ices. Jamás niegue un café, con la madrugada entenderá la falta que hace.

Afortunadamente, aquí no encontrará nada de lo que está acostumbrado a tener, así que solo queda esperar que la casa sea para su total comodidad.

*Ah, por último, debe saber que la penumbra de la casa pone en movimiento sus objetos, solo si en los valores de la misma usted vuelve a habitar con la memoria **su propio génesis**. Queda en su casa, las llaves están colgadas del candado que observa a la derecha. No olvide cerrar cuando salga.*

Un zapato impar en el camino sirve de rastro para volver.

Habitar de la memoria: el más profundo de los recuerdos.

Voces intermediarias por las que el mundo habla para regar el alma.



I. La Puerta

Primer paso.

Cuando se acaban las medias peregrinas, hay que escuchar el sabio consejo y dejar que las puertas se abran solas...

Hay puertas para cada ser, para el que abre la luz del paso bajo.

Abrir siempre es recuerdo de la puerta grande, de la nostalgia.

Si la puerta está aldabada, los mudras caminan los umbrales para auscultar el palpito de la madera y los vigilantes tarugos deciden si abrir al infinito.

El peso del candado indica el ojo propicio de la llave, da energía a los dedos y deja ver en su velado brillo el sello de la huella primera.

Armarios, puertas y ventanas, depuestos, a la manera del viento se mecen, deambulan y abrazan su espacio; los obstinados, el soberado y el lavadero, se remarcan para evitar el desplazamiento.

Cada huésped es testigo viviente de la forma de la vida, en su voz el espectro de la sabiduría se guarda para confiar la razón de la *presencia*.

Mudas voces enmarcan las figuras con olor a moho, vida íntima de los rincones a los que se les brinda la amistad del tiempo.

Hay que saber cuándo se comparte, jamás abandonar; la soledad seduce, gusta guardar el polvo de los días y enterrar vivos...

Sonoras ondas mueven los ruidos ausentes de los cuerpos. Sorprenden y desatan la imaginación del que en los cuartos *solo* espera, sabiendo que no hay más compañía que los brazos que se abren.

Cada pisada en su umbral cura, ora, promete, saluda el afuera y prepara la entrada. La vida y la muerte en puntas danzan, se desplazan para ver el relevo de las generaciones.

Ella va siendo con el tiempo. Cada trazo cuenta miles de chillidos en leyenda que, para vivir, no necesitan ser *retocados* por el golpe.

Su sordo lenguaje no requiere timbres, cuenta con el más refinado oído para descubrir: los tonos con que se acarician delatan la presencia.

En el marco, cada pintura retrata al pintor que habita: el bohemio de seis cuadros; el creativo que forma el rostro con cuatro; el sencillo de dos... todo de manos que gritan grandes obras.

Ingreso que da la espalda a un mundo y la cara a otro: poética del viaje que no olvida.

Indiscreta, rechinadora, cómplice que delata el silencioso movimiento.

Ahí queda, medio abierta, dejando ver por su ojo al bargueño.

Un humo azul se riega para emprender el viaje que siempre vuelve.

El que cree salir, jamás lo hace completo, su paso sigue ahumado y la *imagen familiar enmarcada* será su compañía.

La puerta siempre sigue a las espaldas que se van, a lo lejos suavemente las despide.

II

Armarios

Lugares de *colección*. Almas del gran árbol.

Espacios que no necesitan el peso del metal. A la advertencia de sus dueños, en las esquinas, miran serios para no sonreír a la curiosidad de los extraños.

Sus perfumes abren las puertas adánicas, perdido se conserva el ser que ya ha vivido.

Cuerpos flácidos caminan arrastrando las mangas por los peldaños, sintiendo los restos de juventud de su pañuelo.

Cada prenda recostada no tiene rostro, se universaliza con el paso de los años para ser el *hau* donado de los hermanos.

Pegadas se sacuden promesas que giran en cada aventón y se entregan a los nombres del pasado.

Entre los álbumes guardan pequeños papeles que delatan al otro, anuncios de ofrecimientos, palabras negadas a la correspondencia.

Sumergidos entre los puntales pliegues del pasado, los lentes arrancan los ojos y mandan por el agua las sombras recibidas.

A la mano dejan la *botella del oso*, cargada de tabaco balsámico, que cura con soplos los sustos de la madera salvaje.

Aliento para la carne que se asfixia y que aún debe la purpúrea comunión. Alcahuetes, untan de dulces y migas de pan los bolsillos, limpian la tristeza con el agua de visitas papales.

En la oscura firmeza del paño acomodan sus santos, con una cara poco decidora a piadosos convencen. Cada nombre que el hogar encomienda ilumina angustias y preocupaciones.

A la espera de que alguien los *mire* a los ojos, algunos han sido clavados para llevar en espejo el reflejo de los muertos; por eso, cuando la luz deja de entrar por cables, las velas huyen de pasar frente a ellos.

Culpados de que sus hombros carguen el peso de la palabra muerta, gozan su grandeza para que los pequeños no puedan alcanzar la condena.

Tan grande es su misterio que hasta la nevera engaña a los hambrientos, sorprende cuando de su vientre salen los zapatos de Flugencia, la niña de los 93 que aún espera el amarre paternal de los cordones.

III

Tendedero



Lectura de ocasión, prendas conversan con el viento el momento que habitaron.

El color de los habitantes es el exterior de la casa, sugerencias de mundo cuelgan la vida desnuda.

Atender los días es lanzar la baraja, es descubrir algunas cartas para que sus posturas determinen la voluntad.

Colgadas por el laberinto del rostro, mueven el aire, lo recrean para alertar al viajero.

La labor de la madre y las hermanas pende de la humedad que cae.

Humedad que los niños inquietos tratan de agarrar, inocente pecado que pone servido el reprimido cuerpo.

El pasar se acaricia con los cuellos, cortinas que dejan ver el sol entre ladridos y gorjeos.

Pendones de marcha lanzan sus partes al vacío y conquistan los linderos de los patios.

Ausente de nosotros, pero siempre habitando el tiempo, la ropa quiere volver pronto al interior.



IV

Ventanas

Trastrocamiento.

Sorpresa frente al ingenioso ambiente de los paréntesis.

Al primer nacimiento de luz, las nubes salen a despertar las plantas. La ventana ruborizada deja ver el ánimo del espacio, el rostro del universo. Los durmientes captados en cada parpadeo del rectángulo sienten el casi imperceptible trasluz que hace hervir el agua de vidrio. Hervor que marca con su aliento la pintura imborrable que cuenta a la casa grande.

Imágenes en movimiento en sus cuadros pintan paisajes; en su fondo coloridas guirnaldas festejan prendas que en nudos de manos hacen rondas y se entregan a la premonición infinita.

Posan para ellas evocativos instantes: la madre restregando con el agua entre la piedra, peinando con su mano húmeda y brillante negros cabellos que acercan las piedras.

De afuera miradas de muñeca hacen historias y se intercambian en el parpadeo para animar el teatro de sus espectadores.

En sombras ilustradas escondite limítrofe del adentro y el afuera. Pese a toda indiscreción, sabe que los tímidos espíritus de pies enterrados prefieren el oscuro cristal.

Espejos de ojos videntes que se guían por el aullar de los perros. Imagen sincera que en un punto fijo del suelo deja ver la luz envejecida.

Una a una, reflejos de creación y de memoria, miles de textos navegan el espacio cual sueños de adentro.

Cortinas traslucen el día y abren la noche del oscuro telón.

Vestidas del color del dueño y desvestidas para que el sol y su astro en la tierra se eclipsen entre las tulpas.

Horas axiales en los ventanales que enganchando pupilas dan apertura a los pasos de las carrozas fúnebres.

Colgante de la tierra que se hace estrellas en el vidrio, que pinta los mágicos dictados de los pies y las ruedas.

Ventana que sostiene la palabra del humo, que cambia de piel, pero que siempre da a las palmas la sensación del mar, del que espera la llegada del náufrago.

V

La Máquina de Coser

Raíz de hierro.

Pluriverso que ora.

Singer, canto de madera que pedalea, que teje el pedestal.

En sus cajones cada hilo le pone un tono al destino.

Cada alfiler reprende la tertulia.

Los espectros alegres de la celebración se tallan en su burro para dar vida a la forma.

Testigo y cómplice de las mil veces que el pantalón se agarró en revancha con el alambre de púas.

Silbido de agujas que dicta en secuencias el golpe de la experiencia, que entre el largo rebobinar aún deja ver cómo descansan los oreados pies cafés.

VI

Altaires

Encomienda del amanecer.

En las oscuras tapias de la casa quemada siempre se refleja el sol. En las paredes de la sala, gloriosas figuras van rotando, mediando con el tiempo para que descanse y no pase coqueteando a los cuerpos del hogar.

Para la protección: el *universal amor*,



el nombre de los dos apóstoles; para la reflexión y las gracias: el cadáver; para el cuidado, la única que lo comprende: *la Visitación*.

Para dar fuerza al altar, la cera del tercer mes, cirio bendito que se une cuando las dádivas necesitan fuertes voces. Cerca, el ramo del dos de mayo, de amarillas y rojas flores de la santa cruz, para aplacar las tempestades. El rosario cae dispuesto al movimiento de la puerta, mientras dos ángeles extendiendo sus manos luchan por alcanzarlo.

La rogativa se envuelve en armaduras para perdurar; las veladoras, aunque apagadas, llenan de luz el hogar.

VII

Piedra de Moler

Roca viva. Eterno viviente.

Con el tiempo el agua suavemente ha humedecido su porosa piel. Oscura descansa en el mesón, consciente de que solo en su abarquillada superficie antiguos golpes de ecos se recrean. Su uso es un arte que hunde la fuerza en las profundidades del alimento: pela, limpia, aplasta y triza lo que debe ser *compartido*.



El cuchillo llega a afilarse entre los rasguños del viento y las manos a pulirse en su vientre.

VIII

El Soberado

Aura del universo.

Desde abajo el cuerpo no puede ingresar en plenitud, solo las ocurrencias. La escalera fresca está dispuesta para ascender a los divinos arcanos.

Espacio abrumado que se anima al temblor que suscita el andar la escalera; cada peldaño que avanza lo va llenando de vida.

Las manchas de tizne señalan los lugares. En sus visiones gotea el chapil de las ánimas.

El recuerdo del barril curado con la brea detiene el líquido festejo de los dones acarreados por fuertes espaldas.

Cruces de maderos cargan la *Lomera viga*. Grandes ollas hierven el calor de las fiestas.

Necesidad íntima de las fortunas cósmicas, palabras tras los objetos que duermen cuando no es su tiempo.

Primero se fantasea en la fulguración, el miedo se hace sideral. La sombra que proyectan los objetos, en el juego de la oscuridad, intimida, pero la fuerza de los brazos impulsa al cuerpo a la oquedad. Ahora, *el hijo regresa al vientre*. Un sonido de golpe hace volver la mirada, en cortos saltos los nocheros viejos se asoman para que se arrullen sus cajones. El paseo de los triciclos sin cuerpo va dejando secuencias de los pies redondos. Las camas metálicas, arrinconadas en las esquinas, lentamente se van abriendo, como insinuando habitarse. Los cedazos y las zarandas van cerniendo el aura del visitante, dejando para el espacio la energía renovadora. Los ruidos de la imaginación convierten las ratas en fantasmales sombras jorobadas. El ritmo de la sinfónica telaraña es interrumpido, el intruso es la presa de la noche. Lánguidas entradas de luz dejan ver los brillantes ojos del gato.

El encuentro con la soledad es inevitable; frente a ella, ahora la cinta de los años retrocede, se despeja hasta deshacerse.



IX Espejo

Prohibido bañarse y quebrar un espejo,
entrada a los elementales.

Mirada fija de la casa, tras cada pestañeo
rostros circulantes ingresan.

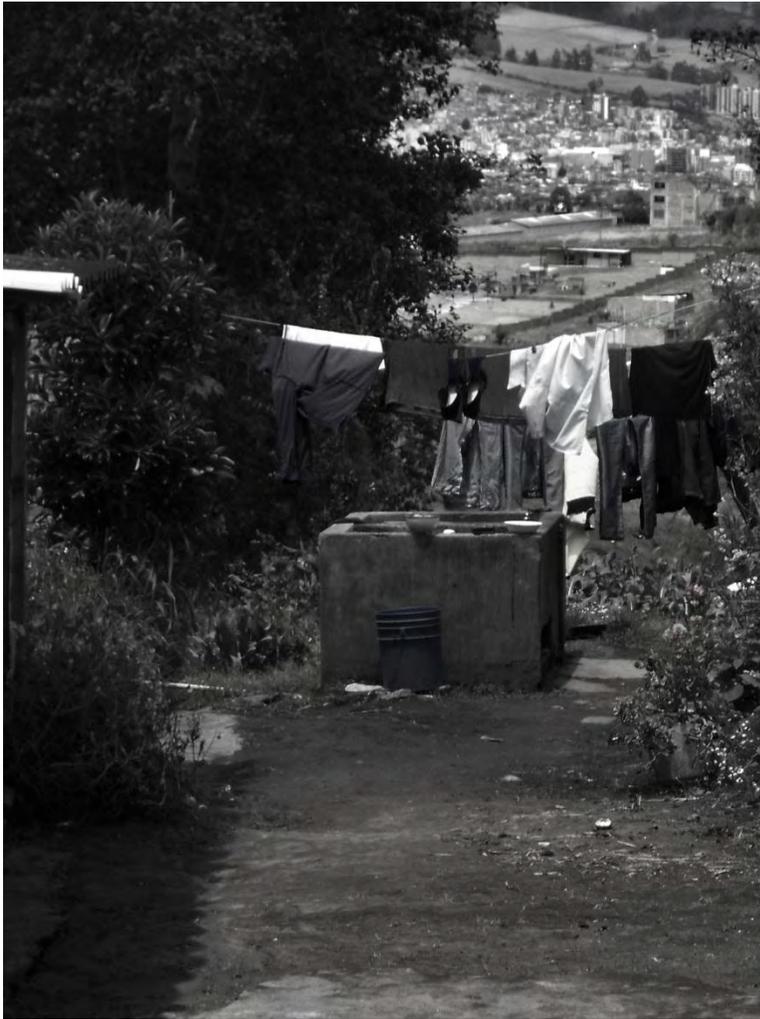
Al lado derecho, sobre la pared, habita la
fluida puerta goteando imágenes.

Junto al líquido palpitar del lavadero se ve
el bocado de la taza roja. Las brillantes
manos se sumergen para limpiar el sueño
del rostro. Rostro atrapado que se
descubre y observa la mirada húmeda que
aun en la oscurana desea verse bien.

Cámara que toma instantes en los ojos, que no piensa en posteridades, que se entrega a la fugacidad de las pestañas. En sus retratos el tiempo trae revelaciones que se imprimen con la luz de la palabra.

Cuando nadie habita las palabras y nadie responde, la luz descubre los ojos mientras las sombras se atraviesan para ser instante y buscar cuerpos en qué vaciarse.

Origen del otro, lugar refugio donde se guarda al ausente; asomando la cabeza por el marco, se ve al mayor con el cielo en sus pies trabajar en el patio. Alabando a la tierra, se acerca al espejo, toma en sus cuteadas manos la guitarra y anuncia su tiempo. La música se refleja, entra en las habitaciones para quedarse desvelada. Cada nota liga acordes de tiempo, la emoción vuelve con cada canción que se repite en las jornadas. La respiración hace asomar al niño al espejo para ver cómo vienen muchos tras las notas, hasta que, nuevamente, la devota atención de la guitarra se cuelga para tomar con fuerza el ritmo de la madera que voltea la tierra.



X

Lavadero

Espejo de piedra.

Reposo de abuelas trenzas
acordonadas.

Medias aprietan el grifo para evitar
imprudencias mientras los cepillos
la pulen.

Azules de Reyes deshechos en el
agua rehúyen en la esquina. Los
tanques, compañeros inseparables
en la prolongación, se llevan la
fluidez de su cuerpo.

Mangas y botas detienen el tiempo,
la moda les resbala.

Manos expertas dejan brotar como
espuma cantos y saludos.

Sorprendido por la gota que deja un lunar en su ombligo, su profundidad expone al narciso el paso del tiempo, dibuja en el verde moho las siluetas de los rostros perdidos y los adquiridos.

Estanque que escucha deseos, que ve caer monedas, blancas palabras que se deshacen, botones que abren la puerta al otro.

Agua mística que acerca la cara y la sumerge en la tentación.



XI

Cocina

El lugar de la alquimia.

La brillante esencia en su vapor abriga los bancos de la ofrenda, llena de cortos instantes, traduce gestos que han bajado de la planta a las manos, inhala húmedos aromas, alimenta la sed de las llamas, discute con las

vestiduras de las tercas gallinas, da vuelta al mundo y asoma la cabeza por el tizne hasta recoger la perfecta redondez caída de la nocturna piel.

La mesa, en la desnudez de su madera, espera la palabra, las manos van pasando al plato y lo ofrendan entregando bocados al otro.

En cada sorbo eterno los comensales fijan la boca al plato y arrastran el recuerdo *invocado* hasta el gran *escritorio*.

La fumarola va marcando el círculo para ceder el comienzo del nacimiento. Marcados espíritus cargan en cada viaje las energías de las huellas caídas de los hombros.

El primer hervor de la número 20 delata la madrugada. La tibieza y el frío van haciendo caer la tarde hasta que la ausencia ratifica la noche. La oscuridad ha fundido una fortuna: sobrevivir al sueño.

Entre ritos de metal y palo que recogen la palabra servida, las vidas van abriendo espacios de fuerza y en cada golpe el recorrido va haciendo abuelos.

Entre las manos tibias arde la madera de las conversadoras sillas, el cuerpo se adorna con sus artefactos.

Con jalones de orejas las ollas exponen azarosos trazos. Grandes platos se divierten colgando su cuerpo entre los brazos metálicos que los exhiben sin temor. Coladores lloran dejando la ausencia de las pulpas entre las paredes. Aventando, las tapas seleccionan la aptitud de las ollas. Un cuerpo de madera deja balancear la tela oscura que gotea la madrugada.

La profundidad del corazón hace brotar el deseo del servicio, llamando desde todos los sitios al encuentro de lo pedido y encontrado en el agua.

Iluminación desde adentro, desde el umbral de los párpados, movimiento del viento que responde a las llamas, al hervor de las ollas.

Cocina, espacio sagrado donde los santos no mueren, luz encendida a cada hora de tiempo.



XII

Fogón

Mudos ires de humo llegan de los antiguos bosques, las auras ahora se van meciendo en las cunas del alto.

Estrellas rojas laten precisas en el oscuro espacio, la madera se ruboriza y se estremece con el canto que en instantes rompe el tranquilo silencio.

Viejas manos se acercan a recrear extintos firmamentos, levantan cenizas y hacen renacer al fénix que figura en las nevadas cabezas.

El agua como centro es dispuesta para dejar flotar en su cuerpo los alimentos entregados al perfecto movimiento de la persignación materna.

La cruz de madera mueve el agua y la bendice cuando el espesor del gusto así lo pide.

El mundo avanza, escala; en el ascenso, los espíritus del cosmos tienden a la espiral vertical, la madera empieza a abrir sus centros.

Los grises tapices perfuman la casa para hacerla hablar en cada callado rincón, la palabra ahora está en la imaginaria boca.

Los tiznes maestros marcan la pizarra de la memoria, ahora las huellas de las manos son inconfundibles, cada rastro es ya un trazo.

La tierra dona sus obras y da color con sus sustanciosas figuras, entre las olas aparecen y desaparecen las ideadas tajaduras.

La carne habita el espacio en su sacrificio; de ella emanan también las fuerzas animales que el cuerpo requiere, hace fluir el líquido que se esparcirá en el vino que es el otro.

Aun en contra de la saludable suerte la parte negada del mar se esparce.

Cada sentir ahora va más alto, los hervores dejan salir a los espíritus.

La alabanza de las manos sostiene al metal que le entrega el caguito, lo eleva y dispone al cuerpo para la comunión

Cuando el camino está perdido aparece la luz del hogar.



XIII

Armonio

En la penumbra del gran salón reposa la tumba secreta que alberga el envejecido sonido de la melancolía. Cubierta de oscuridad es velada por el pequeño rayo luminoso que entra por la ventana.

Un tenue pero largo sonido que sugiere libertad se asoma

por entre las estropeadas chapas cobrizas que penden de la caja negra.

Arrastrados pasos se dirigen a destapar el empolvado silencio que se dispone a hacer sonar el llanto. Manos brotadas por el arte descubren la madera teñida de noche que perfuma el cuarto con el mágico olor de la conserva.

La caja ha perdido piel por los rasguños del tañer, pero el brotar del sonido y su pasar regenera las marcas. El atril carga las siluetas de las canciones para dejar espacio y sumergir al vivo, quien cede su vitalidad para que los otros vivan.

El tiempo, como invitado, se sienta y se detiene a escuchar las voces remotas que la caja negra ha traído.

La procesión inicia, el aire se llena y los muertos renacen en la fugacidad de una crepitante tonada. Pareciera que ellos tienen conocimiento que su estar depende de algo, por eso caminan encalando, una a una, las amarillentas teclas que animan la vida.

Las añoranzas expresan imágenes para vivir dos veces, espectros sonoros contraen los músculos, el corazón padece, el olvido camina por los andenes de la memoria hasta que el frío humedecido se asoma por el rostro gota a gota.

El tiempo no soporta ver que es culpable de que pasen los años y se marcha. Cerrando la tumba, el sepulturero levanta sus pesados pasos y sale dejando en suspenso el gemir de un viejo recorrido por gruesas y sentidas manos. Las sombras regresan a dormir atentas a un próximo encuentro.

Entre cajas mudas enmudece la caja de la noche. Sale enlutada el alma. Ahora es el corazón el único testigo, lleva fantasmas que mecen los recuerdos. Quizá, de vez en cuando vale la pena morir y reposar en la caja negra.



XIV

Fotografía

Imágenes del hogar.

En el recibimiento cada ser se hace imagen, una pata colgada en la entrada purifica el ingreso.

Guardar entre los párpados a los que *han sabido amar* revela el génesis siempre exterior de no ocultar la lejanía.

Al trasluz, el morador presenta al invitado los cuerpos ausentes. En las grandes paredes se clavan eternamente revelaciones, parte del relato de la corporalidad desaparecida.

Pendientes cabezas negras toman los rostros del paso del tiempo. Seductoras representaciones de quienes han dejado el lecho tendido para largo tiempo. Revelación de *presencias* en la mirada esquinera.

Seres flotantes en el espacio preciso enmarcan el acontecimiento. *Retratos* de la memoria, pausas que se vuelven eternas y que condensan detalles de momentos que solo son posibles una vez, pero infinitas veces a la vista del corazón.

En el cuarto oscuro el agua ha revelado imágenes: la entrega de nombres a las prolongaciones de la existencia, la sacralidad de la familia, el festejo de la transformación del cuerpo femenino, la túnica celebrando la primera insinuación de salida, los hijos que se entregan a la patria.

Porque, caminando los días, siempre hay espacio para suspenderse y regresar la mirada al tiempo detenido, mirar fotografías en cada pared de la casa es tomar en las manos a la familia y abrazarla con imágenes tiznadas de amarillo imborrable.

La efigie se toma en las manos para llevarla al pecho y atraparla en un manto intangible de nostalgia, remembranza del alumbramiento.

Los acontecimientos se escriben en imagen para que vuelvan en la esencia del recuerdo. Vivir otras vidas, cuerpo perdido, ensoñación en la que el espectro retorna de la muerte para dejarse abrazar en imagen.

LUGAR

*“En mis papeles rumora un viejo bosque,
por momentos siento que se despereza
la serpiente del cinturón.
Hay vestigios de clorofila en mis dientes.
Escribo con carboncillos de sauce.
Me pregunto qué trozo soy del paisaje.”*
Juan Roca

La madre, en multiformes seres, se embellece. En sus bailes el matiz colorido riega vistazos de contemplación y hace perder los ojos de la carne entre su mística perfección.

Hojas cerradas, rubores que exhalan los sueños de las Mimosas; frutos con cuerpos de Mandrágoras se avivan en la ronda de las aves que llegan a abrazar descalzas la extensión de los brazos del mundo. Unidas al canto del pasar de las manos, notas agudas y breves animan estomas.

En cada retazo sembrado se pinta el alma de la familia. Seres recogen la savia del buen vivir para ser alimento y extenderse como ornato de los estados del espacio.

La piel se abre para ver pintar el cuerpo del otro con el pasar de los breves espacios, los bostezos de las flores entregan cantos y los rumores de las *artesananas* curan con las prolongaciones del universo.

Las manos, junto al *corazón*, no pierden la fuerza de la naturaleza; hacen rito en cada pálpito que del cuerpo rebota. Curación que *automaticamente* aprende a oír la savia de la experiencia húmeda de las plantas.

Deseo que se planta, se siembra en la eterna noche para que delicados cuidados se entreguen entre ritos y atraigan los temperamentos de dioses que navegan en la conciencia solar.

Conexión con los dictados de las voces que se hacen bellas en el cuerpo, visión de los ojos del espíritu que fortalece las carnes para entregar entre sus abrazadas raíces los saberes no escritos, la palabra hecha acción, la sustancia viviente portadora del espíritu que calma.



I

Piedras

Palabras del vientre del fuego que
se lanzan para jamás migrar.

Iluminan al indiferente con las
profecías de su sangre.

Detienen la muerte para después
sellarse en ella.

En los trotes, sus picos cargan

lágrimas de lo que ha caído.

Trasparentes impresionan el agua cuando sospechan el cabello de oro.

Como manos antiguas unen su piel para ser puente.

Luminosas, pulidas, piedras lisas toman el tiempo y lo hacen resbalar.

Porosas piedras pomas liberan el cuerpo, lo descaman de la piel que ya ha sido.

Traen en sus ojos las *Rosetas* talladas, profundas manos que en la voz del viento hacen camino.

Con oídos atentos, se arriman entre las quinchas para atender historias.

Afilan corazones de hierro, patean lamentos hasta llegar al sitio.

En el camino hacen persignar al que sospecha el refugio del diablo.

Canto del río; llevan los recados cuando no hay quien comente.

Manteles de la vida se riegan para sostener al mundo.

Sangradera, cuerpos sagrados en que se vuelve la vista atrás para para jamás olvidar.

Zafiros de Mileto, joyas que llevan los rostros de genios, que saben los secretos de la *tierra*.

En sus nombres se amenazan los profundos abismos y se llenan de nueva vida.

Todas, diamantes que toman la forma del agua, la tierra y el barro para tallar en ellas la vida.



II Agua

De las plumosas alas del *Viejo sabio* de la pila, la joven milenaria fluye presurosa, abrazando a los vientos para llegar a tiempo.

Se la ve ataviarse de finas hierbas para perfumar y poderosas flores capaces de curar los resabios del cuerpo.

A veces tímida, anda escondida entre *picachos*, asomando cauta por la *mora vieja* para pasar por caminos amplios y pasajes estrechos sin ser percibida

Voluminosa como las profundidades del mar, delicada para sostenerse entre los brazos finos de los pastos; sus manos pulen las losas que acompañan su fluir y saborean cada trozo de tierra que en ella se diluye.

Sabe sus lugares donde posar y pasar las tinieblas, donde fluir pura, donde añejarse para cantar y croar, cómo latir entre las coplas del silencio, cómo clamar en la velocidad de los pasos y cómo frenar lo que la corriente no olvida.

Su líquida memoria no falla, es una bella escritura con imágenes que fluyen y quedan: unas calladas como la memoria del otro río, el que troquela el cuerpo y ve pasar los rostros que el viento seduce a la mar para devenir; otras estruendosas, como el rugido de su furor, el desprendido por el grito de la madre que resiste.

En su cristalino movimiento palpitan los caminos celestinos, a sus años aún deja pasar la procesión de pilches, cuscos y tinajas que en la fuerza de los cuerpos acarrea líquido, y enlaza manos en el contar unísono que levanta vida; palabra brisa que mana para navegar y sumergirse en el otro, heroína que en sus cauces conecta mundos en su bendición.

Multiforme se transforma por su constante entrega; vacía, en los chiltados pocillos, abraza plantas para aliviar la sed del que se entrega a la labor de dibujar el día, purifica las manos benditas que se preparan para la comunión, extiende su ser en los coloridos retales de universo y toma el cuerpo de las vacas que en el ritual del movimiento beben su riego para sobrevenir alimento.

En su fluir la palabra toma cuerpo, duendes de sombrero verde y pantalón rojo, que chillan, bailan y brincan en el monte cerrado, tocando el tambor para hacer perder en su trinar a las bellas jóvenes que se bañan instintivas; palpitar sonoro e incomprensible de chorros que entundan. En las ciénagas de *la vieja* y los charcos, se tiende el pequeño caminante, el *cueche*, el que hace ladridos para danzar del capulí al intransitable arrayán de común fruta.

En la niebla húmeda, el diluvio despide a los espíritus celestes y otorga ceremonias de protección a los cauces de la quebrada crecida que llevan en sus brazos al *Niño de los Santos Reyes*.

A ella los colores, el alimento, el amor, el cuidado, la bendición, la despedida, los seres con vida: ella, la reina del palacio de la memoria.



III

Flores

Las flores están tristes,
Amparo no está.

Se cansó de que le digan loca
y andando, sin darse cuenta, al
loquero fue a parar.

Las flores, decaídas del susto,
ni siquiera verdes están. Solo
piensan ¿qué será de ellas? Ya
nadie les procura hogar.

Las flores no flotan, la gravedad se ha quedado en el agua.

El agua solo mece las palabras que se secan sin viento.

Amparo esta triste, las flores ya no están.

Se cansaron de asomarse a la ventana y no verla llegar.

Entre nombres y ellas reconocen uno solo; hablarle al viento es inevitable e imposible.



IV

Raíces

La tierra escribe el camino con el pulso de los árboles; sus cursivas palabras vienen tan adheridas que solo el tacto de los mayores sabe arrancar verdades.

Desde arriba el agua sabe escuchar el llamado. Al golpe de agua cuerpos de hombres abrazados

caminan la tierra y extienden sus brazos para disponerse a ser interpretados.

Entre la tierra se escabullen imágenes que aunque calladas poseen almas: un hombre agachado con su pala, los pies danzantes de una mujer, las palmas que reciben el parto del fruto, la casa levantada, el ser de los pasos que alza la mirada para vigilar la muerte...

Hay quienes sin fijar la vista en el mensaje del camino, negando al cuerpo que los ha detenido, maldicen el tropiezo, sin reconocer que ese tropiezo es memoria, camino del espacio.

V

Vacas

Hacer lectura de las pintas didácticas es parte del misterio; en el ritual bautismal hay que fijarse bien en las proféticas palabras.

Sus trazos manchados transcriben la eternidad: careta, mariposa, tinta, reina, ojeras; todas vibran sobre un fondo negro.

Mapas que esconden blancos tesoros, la campesina mirada, infinita, envía señas del encuentro.

Su seriedad muge regaños, levanta los pies que andan desprevenidos.

No gustan de artificios de color aparentando amor, avanzan solo si las manos que las caminan ofrendan minerales del mar.

Hacen perder en la mirada fija de su péndulo; su movimiento hipnotiza, danza entre el azul sonido de sus moscas.

Solo obsérvelas cauto y, ante sus ternuras, no las moleste más.

VI

Encina de Mar

De las profundas aguas vivas de la corota, sin saber que se le busca, fluye el molusco mágico que acaba con la lejanía de las rodillas.

Su encina baila haciendo resbalar entre las entrañas la saliva del cuerpo que se disuelve en el hueso y lo compone.

La escritura de la planta vocifera: “nadie es como tú”, oración que encuentra energías fieles que se multiplican para sanar.

Las acciones de la tierra se sienten en el cielo; cuatro poderosos sabios llegan a invocar las hierbas, levantan la vista hacia los pájaros que traen mensajes en la boca y que pasan los secretos del mundo por las hojas: otras vocales, otras sílabas dejan ver la gracia que cae de los espíritus.

Las hojas se separan de las astillas de los palos y se recogen en una danza de manojos; el olor deambula, la hierba se pisa y se recoge: está viva y es sabia.

Como si la planta supiera que los seres tienen un cuerpo apropiado del que padece, decide reprenderlo entre sus hojas. Los espantados remos se resienten al recibir la caricia del espíritu que ahuyenta.

El libro de magia roja conserva su palabra. Las oscuras cuevas lo mantienen entre los árboles, a la espera del lector ávido que pase su mirada por el cuerpo.

Bejuco que corre por las entidades del mar, que es raspado en sus raíces por gallinas que buscan con su emplasto cerrar los huesos.

VII

Encomienda



Para la sorpresa de la noche en otros senderos, cargue su pala y vaya dejando los ojos atrás.

Pronuncie a las almas sabias que no son de sangre y que fluyen enumeradas en la tierra, encomiéndelas para que no pasen mudas topando sus hombros por los helados caminos.

Presienta que, en lo lejano del aullido del perro, deja de estar solo: la presencia de los otros se tiñe de amarillo y los pasos se fijan bajo el ojo de los árboles.

Reconozca a santos perfectos sin horas escritas en sus cuerpos, cuídese del polvo y los rumores de los tiempos.

Memorice los azules que se garabatean en los cielos para que la lluvia de brillos tiña el paisaje.

Respete las presencias que aguardan y saltan de la niebla a los ávidos ojos, no vaya a ser que la aplomada carreta lo tome de las manos y lo prepare para recibir coraje.

Vigile si un tramo de camino se destapa o si los cúmulos de nubes lo traicionan. El ávido silencio pasma y entre sus cuerdas deja caminar al mugir rumiante que cayó en la sal para venir por usted.

Déjese acompañar del gato para no ser lanzado a la profundidad, al suelo repleto de metales que esperan sea usted el elegido del camino.

Que el desasosiego no lo invada si ve venir de la montaña encendidas velas sobre grandes costales que se acercan.

Que no lo hipnotice el valor del ojo, escóndase del sentir ambicioso que solo gusta convertir de quitar la luz de los ojos.

Por último, si ahí se acaba, después de andar cuando las horas despuntan el sol por los advertidos espacios, no se moleste en cerrar bien las puertas, siempre se queda uno en el camino y habrá algún ser comedido que *devuelva*.

SEAMUS

*“Muchas veces he conseguido jugar con los perros de los pueblos, como perro con perro.
Así la vida es más vida para uno”.*
José María Arguedas



Este es un homenaje que en pocos nombres se hace universal; una distinción al héroe que es, en realidad, una leyenda: a Chaira, a Rex, a Oso, a Paco, a Buscavidas, a Tayson, a Guagua Negro, a los de melena pinta, de cola larga y peluda, negros con blanco o café, a los blancos plomo, a los grandes intimidadores. A los corrientes de raza criolla que viven su animalidad en plenitud, pero que marcan el espacio y el corazón de quienes los *reconocemos*: estos son los verdaderos, los perros del campo.

Bendita protección de San Lázaro, San Roque, San Francisco, que les permitió apreciar lo divino.

Perro campestre, el verdadero perro, el que, peinado con las orejas hacia atrás, salta con el viento de las hierbas.

El de patas ásperas, agrietadas por mapas que cargan tierra.

Cola larga que zangolotea carcajadas y entrega, con su ir y venir, las caricias de unas manos ausentes.

Pelos despeinados que guardan en la profundidad de las orejas la sabiduría del silbido del aire.

Sombrías y enojadas cejas de acento exterior, marco de la bondad infinita de las brillantes pupilas.

Bigotes bien puestos en su agujero blanco, que se decoran con trazos de sopa y saliva; el andrajoso, el pulguiento, el dueño de su actuar y hacer corporal.

El que, penetrando solo y a su antojo la tierra, llena sus greñas de pastos, piedras y agua para untarse del territorio.

Puertos de transportes terrestres y aéreos que permiten llevar la sangre donada a las diminutas especies que lo habitan, esas que estimulan y relajan el torso, que incitan las patas para dibujar senderos en rápidas trazas.

Los trinchas de sus patas danzando sobre sus orejas jamás desagradan, divierten y aplauden la bendición circular ventilada de las moscas azules.

Gozoso de acabar con el ideal sueño de Grandville, que no gusta de ver brotar el día, es fiel al legado, es guardián, universo de la observación.

A diario se lo ve estirando su cuerpo como luna sobre los patios, menguando, creciendo y llenando con su asalto espontáneo a los pies confiados.

Ladra, brinda estímulos en sus cantos, es la voz que parpadea en pausas, lanzando series a los que disgustan, emocionan y alborotan espíritus.

En cada hora sus dones lo habitan, le brindan la sensibilidad deseada para ver más allá del polvo que levanta.

Inmune al frío, los mantos de mugre que con el tiempo se repliegan en su espalda son cómplices de abrigo; cada pelo busca compañía y se confabula con las aparentes “lanas” para tejerle protección; motas de palabra *aprehendida* en el camino andado que artísticamente hacen pactos sobre la piel de su barriga para pintar caluroso amparo y camuflar al extraño el color verdadero.

Todo en él es creación, en cada vistazo que capta reposa su cuerpo. Cada guarida, de los más íntimos olores, es ideal para que se abrigue amontonado: el universo de una llanta, los retazos de un costal, la resonancia de una caja, unas viejas cobijas, suyas en todo sentido.

Desconoce el fragmento frío de perro ciudadano, ese que no se escoge con las patas, sino que se sabe viendo pasar la vida o, mejor: viendo pasar el sueño, viendo vivo pasar la muerte.

Vitalizador del espacio que no descuida al que lo aguarda.

Solo él camina marcando con sus sucias patas emotivas historias, anécdotas y sucesos que lo hacen en el lugar del acontecer.

Perro, símbolo universal de huellas, que une territorios en un permanente ritual de protección.



Unirse en compañía

Estoy solo cuando mis soledades no tienen más vasija que mis propias patas.

Cuando entre el río se ven pasar las piedras que ya nadie arroja.

Cuando, aguardando la tarde, el solitario ladrido despide con su cola cada minuto que regresa al

universo.

Cuando marchando se recrean los caminos aullados que llenan el mundo.

Cuando en la brevedad de la lluvia se recuerda el campo dejado por el solitario viejo.

Porque aunque es difícil morir, esfumarse entre los oídos que no oyen ladrar los perros; es fácil renacer cuando hay alguien que despierte las intrépidas orejas.

La Perra Vida

La perra vida es lastimera, causa convenientes tristezas.

Lleva el hambre de sus hijos entre sus tetas, sigilosa busca el alimento en las puertas medio abiertas.

Merodea en las cocinas ajenas mendigando su blanco y filudo apetito; las despedidas son el pan del día a día.

Con la mala ventura en su hocico, olfatea la húmeda tierra, pero la gran perra está tan seca que ni alzar la pata puede.

Espera a los rostros *amados*, los que entre hileras de sopa reciben alimento. Pero la perra “viciuda” anda enjuta buscando a ladridos un extraño trozo que morder.

Para desaliento de muchos y consuelo de otros, esta es la perra vida; tal vez queden otras.

Becerrillo

El perro salta decapitando sus ladridos.

Atada está su rabia con los límites que cruzan los pasos falsos.

Trae el bocado de su hambre en los ojos.

Ha conjurado a los fantasmales huesos para que alma de tuétano regrese.

Hecho un ovillo, es espejo del hogar; se desarma cuando se atraviesa su espacio.

Aullidos

*“Habla conmigo, viejo perro blanco,
busca descanso con tu molinete,
que los amos, no descansan...
ya no existen.” Spinetta.*



Para que se *Descarte* al animal como máquina y ver flotar su alma, basta verlo aullar. Las emociones no solo se ven palpar en su cola; su voz también exclama lo que el sentimiento de la memoria arroja.

Levantando la cabeza se desdobra para que del aullido salgan todos los muertos que la noche desean caminar.

Lentamente entre sus colmillos se hace el llanto. Presión de alaridos a lo perdido, lamento exterior que saca del pecho el tejido de una voz que, en el nudo, se queda esperando estallar en la solitaria oscurana.

Las lágrimas se hacen voces atentas y recelosas, acarician el alma, la pisan, le lanzan un sonido interrumpido al sentir la quinta pata.

La nostalgia del can es de tiempos largos y profundos; en contemplación libera, fuerzas extrañas del espíritu animal; en lamentos destemplados, revela los secretos que se dirigen al hombre.

El recuerdo se destina a otro, nace desde las patas y pone los pelos de punta a quien exhala las largas y duraderas emociones. Voces fuertes que atemorizan desde el primer círculo del entorno, hasta el extremo que lindera la ciudad.

Aullidos de poder mágico y adivinatorio del fiel acompañante.

Primer aullido: **El inolvidable**

Entre roncos ladridos de tranquilidad inquieta, rendido del cansancio sobre las gruesas patas y con la cabeza reclinada, está el gestor del sentir más profundo, el dueño de todos los imaginarios perrunos.

Sentado en el fondo del espacio, con la mirada fija, la lengua húmeda colgando y un lomo en vertiente del que caen solo viejas sombras de caricias, se le observa enviando sus ojos alargados para dejar caminar la profundidad de sus pupilas en la ausencia incolora.

En el umbral de la casa, sigiloso descansa. Tendido a la espera del amanecer, parpadea lento, anhela distinguir las botas de Florencio. Aguarda con los ojos medio cerrados hasta que ellos se llenan de luz al ver caer los pies, al ver la peineta azul humedecerse en el agua y surcar el cabello.

Levanta sus orejas al sentir el chirrido acompasado de las ollas que, en una taza, despide a quienes procuran el cuerpo del alimento.

Ve abrir la puerta, agita la cola en vaivén y entre sus puntas manda la pereza al aire. Entra velozmente a la cocina, su mirada se toma el espacio, los olores lo provocan, su cabeza se mueve elevándose hasta la mesa y el instinto asalta: “Shh, shh, vaya pá’allá, a ver, quítese”.

Protestando con lastimeros quejidos, se pasea por debajo de la falda de su dueña, se soba la cara entre las piernas y sigue su paso por el largo corredor. El aliento, en la mesa, hace pensar al corazón en el ladrido de afuera; las manos del hogar llevan el alimento. Con la mirada, Rex sigue los trozos que al plato se lanzan, *sobras* sustanciosas de un arte alimentario.

Una energía fugaz devora la comida, termina y espera a su amo para partir.

Camino a la montaña, la música de su hocico agita al caminante. Ve pasar caballos animados que en el fuerte trote se atragantan de polvo. Mira el barranco y el cambio de camino despejado por el

machete de Florencio. Oliendo los pasos sigue atrás, de vez en cuando sus orejas se levantan con el silbido que presienten, corre y adelanta a su amo para cruzar las miradas de sospecha.

Los ojos verdes hunden las botas para sostener la subida al cielo. En el *Chorro Alto*, cabalgan entre sus pelos los abrojos y se apean en cada trote para posarse en las nubes terrenales.

El pasto fresco alimenta a las vacas, abrazadas en el puntal saben que llegará la visita y la aguardan. Rex se acerca a cada una como si las contara, ladrando, respondiendo a los mugires de bienvenida que rodean el espacio con cada salto. *Concientizando* cada oscura mancha de la vaca, Florencio le habla, la llama por su nombre, le da una palmada en su lomo para entrar en comunicación con ella. Pareciera que por momentos la vaca regresa a ver su lomo y mueve sus labios conversando, como si se preocupara por el tiempo. Sosteniendo la cubeta entre sus piernas y con las ubres en diagonal, el amo aprieta con el pulgar extendido para exprimir. Con cada rayo pinta la cantina de escenas; la blancura de las manchas del cuerpo se transporta y cae haciendo imágenes y sonidos de un todo que finaliza cuando la ubre se desanima.

Con el mugir y rumiar de las vacas, Rex olfatea las botas de Florencio para incitarlo a volver.

Al pasar por *Palo Santo*, Florencio atrapa el fuego en potencia. Entre saltos que se alejan y merodean bajo el sol, Rex sigue las huellas dejadas, guardando lo más profundo de la compañía. En el andar del humo, se oyen seres que, entre el juguetear de las hojas advierten, a Rex de los movimientos sin anuncio. Untadas las patas del aromático aceite, limpia el rondar de su olfato para distinguir los puros sentires.

En la *Joya*, sentado en la esquina de la siembra, Rex custodia cada guacho parido por las parteras manos, ladra a carretas pasajeras, con un buen susto saluda a los caballos y a las botas negras imaginadas en barro

En un aparente reposo, sujeta la mirada en el costal rosa, custodia el regreso, el desfile que luce en las silenciosas espaldas a los planetas oscuros que llegan a los hogares a nutrir el banquete.

El retorno está más cerca. El aroma del cedrón anuncia que se ingresa a los círculos del hogar. Los choclos y las tuzas abren el abonado sendero; con el solo movimiento del viento Rex y Florencio caminan repasando sus lugares.

Llega el pastor corto en palabras pero inmenso en sentires. En compañía de su amo se queda, esta vez, en la larga banca que reposa en el patio.

Por sus frentes pasan los recuerdos de la lluvia, de cuando aún llovía. Una boca pronuncia afligidas tonadas; junto a las manos veteadas de tierra, vigila nuevamente la puerta.

Tan grande su aura no deja pasar en vano la mirada. Está pendiente del que transita, da fe de la danza de movimientos fraternos.

Segundo aullido: Buscavidas



*“¿Y tú no los oías, Ignacio? -dijo-
No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.”*

Juan Rulfo

En *La Loma del Panteón*, Buscavidas husmea y recorre los verdes pastos. Agudos sentires del viento reposan en su oscuro olfato, le colman de coraje en cada soplo y dibujan en sus ojos un brillo chispeante que brinda aliento a sus orejas triangulares.

Cada anillo ladra los pasos, una a una huele las hierbas, recorre su rostro con ellas y vigila atento los movimientos que reconocen quién estuvo antes.

En el centro del *Panteón*, gestando la tierra para la siembra del almidón de la noche, Elizandro, con sus manos y su cute, da la vuelta al universo, trabaja la tierra desde las entrañas para invertirlas. Dejando sus pasos, artísticamente arma la primera hilera de la tola. En cada palazo lanza caricias que cambian el color del paisaje. Con los guachos media para que la hierba nutra a la tierra sensible que exterioriza sus adentros.

En el pachacutear, las manos ásperas sostienen el espectro del arrayán, entregan su energía en correspondencia al alimento que recibirán. Ven pasar el recorrido de la luz, del viento, de las nubes de vuelta a su lugar.

La larga jornada de repeticiones muestra una rítmica danza que, con la alabanza de las manos, al sol sumerge en la sombra.

Ahora en la hierba, en el descanso, Elizandro saca la botella de su bolso, toma chicha en su mate y alimenta su cuerpo con las papas y la carne que su madre, en las hojas de achira, envolvió a la madrugada.

Buscavidas sabe que la comunión inicia y en un brinco está contorneando el círculo del compartir. Un deshilache de carne salta y los ojos de Buscavidas se abren y mueven el cuerpo para tomarlo en su boca.

La achira regresa a la tierra, la botella se cierra y con ella la jornada.

Buscavidas vuelve con el joven Elizandro y el cute. Acompañando el largo caminar, ve que la piedra que viene pateando su amo se detiene; la complicidad de la visita al jardín hace la primera parada. Camelia, paciente, espera en la puerta, sonrío al menear de la cola; el ladrido avisa que ha llegado.

El amigo espera reposando el cuerpo entre sus patas. Ve levantar el polvo del último carro, a los hombres abrazados de la leña en su espalda y a los colegas que persiguen a las rápidas motos.

Al disfrutarse, el tiempo como siempre se va cayendo. Con los ecos de un quejido, Buscavidas presiente que el día va a cambiar; Elizandro recuerda el tiempo, los dos retoman la marcha al hogar.

La piedra vuelve a moverse, juguetona atraviesa los bordes del camino dejando atrás la luz.

Son las seis de las tarde; caminando por los lados de la finca de doña Soledad de la Rosa, los espacios se guardan y dejan sentir en su vaho el espesor que atraviesan.

Como si el más allá tuviera un apego al mundo, el frío de la noche de luna expande los huesos. Las sombras, que en fuertes energías reposan la carne, caminan.

Aullidos se oyen a lo lejos, culto sonido que advierte en voz los pasos de extrañas presencias.

Los caminantes unen su paso, intuiciones caminan por el olfato en cada respirar; otros canes del viento reconocen las líneas de frontera.

Buscavidas, con los ojos entrecerrados, sabe que no puede mediar; sin embargo, rodea a su amo; avanza y en las cuatro esquinas, en cruz, levanta la mirada. El Carbunco, con un lento y cruzado caminar, pega su ojo de lucero, ojo de fuego que en los lugares solitarios abre la vista del que escucha el tiempo de los cambios.

A la orilla del camino se ve arder una llama amarilla y azul que se bandeja con la corriente. El camino es más pesado, los malos aires se riegan en la niebla.

Entre las ramas de los árboles y su inesperado aparecer como sombras, se oyen los pasos de quienes no tienen nombre en la tierra.

Elizandro, inmóvil, mira el ojo del árbol que del fondo le entrega su luz, la paradójica fortuna titila, el llamado de un guaca envía un imperceptible sonido.

Espectros danzan, pintan chontas, tejidos en sigse, ollas y platos recubiertos de cascajo, barro amarillo, costilla sin cuerpo. Profundas columnas en arco sostienen al gran cristo de oro. Un zurrón de plata, junto al chilacuan, arde y crepita.

El brillo enceguece, pasa la historia del rey que pedía se entierre su corona y cedro; palabras de los mayores advierten.

La esférica estrella se nubla, los ladridos se entregan convencidos, fluye el agua más rápidamente y Elizandro se niega a ver lo que mira. Camina más rápido; tras de él, Buscavidas corre inquieto. La marcha es cada vez más vertiginosa, pero aun así el tiempo se detiene y los pasos no avanzan. Las estrellas se posan a velar a los efímeros muertos, el ritmo del parpadeo va cambiando, los tiempos son más lentos y ahora los ojos se cierran.

El cuerpo pasa el umbral de la casa sin lanzar palabra de lo visto.

Tercer Aullido: Luna

Por el mal tiempo y los fríos de la soledad, la vieja Luna reposa la noche en el interior de la casa. El espíritu del fogón le adorna con tiznes la negra cabeza, mientras el humo le hace respirar en vueltas el aire de las patas de un antiguo sillón.

Con la mirada fija en la puerta del patio, siente cómo la llave de la pila lentamente se va abriendo. El aullido, un rumor apenas notorio, ve rebotar el agua de la visita.

Por razones que solo los perros saben, la vibración acuífera empieza a donar vida; el aire de doña Inés brota como palabra de la boca del grifo.

Sintiendo el silbidito callado, Luna abre los ojos y se corre para dejar pasar el desfile húmedo de los pies descalzos de su *amada*. Inés la mira, inclina la cabeza hacia un lado y se asoma por los umbrales de las puertas abrazando las manos. Con fluidez se dirige a las interminables ventanas y en la quietud, mirando ciegamente, a lo lejos, surca la tierra, reconoce los inescrutables saberes del señor de los aires y espera que el viento sea cada vez más leve para que no se la lleve.

Con el mismo aire, los objetos mimados son llamados por el aullido de Luna. Pese a las horas, los cuerpos no se enfadan, la vida flota y cada cosa recibe su gesto. En cada fase de la luna, el fogón tiene un continuo parpadeo y comienza a ahumar las ropas; la curtida escoba de chamizas, jubilada en la esquina, destapa los nombres escritos sobre las lápidas de las huellas, se lleva en círculos la tierra húmeda de la cocina; las cabezas de las ollas soplan fuertemente para causar cumplidos; con el calor, los cuyes caminan sin cuerpo, secan los herrumbres de la araña y marchan a la velocidad de las hierbas que entre los pies húmedos se arrastran; los ladrillos

vuelven a creer en Babel, sobre sus espaldas retoman la altura del fuego; los tarros de manteca florecen nuevamente en las bancas y, una a una, las gallinas se acercan ciegas moviendo la cabeza.

El agua de Inés ilumina el hocico en penumbras hasta que, caminando por las lagañas de Luna, tiene la sensación de que ya no es ella, que el saliente sol la va evaporando.

En la despedida, el cuerpo se entumece y los fluidos del buen tiempo se secan. Escurrido el aire, el cuerpo espanta y, aunque las personas solo oyen grillos, aquellas que por azares lo ven, con la poca luz, negándose, parten.

Luna sabe de qué aire está hecha el agua, se acerca a la pila y ve el remolino que la va secando, siente en sus vueltas el gutural sonido que deja de emitir el canto.

Olfatea una falda en el trazo de las olas y se comunica por última vez con la distante esencia de los pasos.

La perra ladra una sentida oración, busca ángulos para encerrar a Inés. Aúlla tratando de atar a la otra luna para que camine más despacio y no se lleve la imagen *amada*.

Las lunas siempre esperan la caída de la noche. En el lugar donde se vive y se muere, con la mirada exterior perdida, se quedan fijas, mirando con melancolía las manos que en un intercambio darán la vuelta a la llave.

EL VERBO

Entre los hermanos el primogénito es el texto vivo que distrae a la muerte.

La experiencia es la escritura que el universo deja en el cuerpo con el paso del tiempo. Es el trazo de líneas visibles e invisibles de lo que es tierra y agua en el eterno mutar de la vida.

El grito, el canto, el silbo, el rezo, toda la verdad cantada o llorada por los hombres, los montes y los pájaros van a parar a la hechizada bolsa del Viento (Atahualpa, 1965), místico espíritu que susurra de entre los pozos del silencio los *sentires* de un *más allá* que se hace cercano cuando a su recorrido se está atento.

Leer la palabra en el cuerpo del mensajero brinda magia, *sentires*, crea posibilidades de aprender y enseñar lo que las alas recorren. No solo se vuela en lo alto, se vuela también cuando las energías construyen lenguajes que se riegan en el firmamento, cuando desde un pensar sagrado el corazón deja brotar *sentires* para fertilizar la memoria.

Palabra y consejo mayores, materialización del narrador celestial en el mundo, vitalización de la voz de la vida que pinta personajes de espalda para que el espectador los imagine. Palabra divina que se vuelve inmortal y se *convierte* en una forma de estar y habitar el mundo: fluido en el tiempo pleno que se dona a los de adelante.

La voz, expresa en números, es autoridad de horas dobles que se cuentan. La pupila del otro se combina con la del escucha para dar plena credibilidad del hecho que se *revive* emotivamente. Sentencias de viejos sabios, de sentidos maestros que más que escuela tienen *cultura en la sangre*, intimidad con los seres que despiertan de ensoñaciones a las voces del nacimiento, al clamor que se resiste a dejar de ver el sol desde la montaña.

Todos, sonidos profundos, cantos a la quejumbre de la tierra que es la que mueve el suelo para sentar destinos; voces que liberan sombras magnánimas para hacer fluir en palabra el paraíso de un Sur hacia donde siempre se quiere volver, donde cada día trae murmullos que solo la tranquilidad del cuerpo permite reflexionar; palabras que los vientos en un eco *retrasan* para no dejar que las sombras se deshagan en la luz del milenio.

Cada una de las atmósferas que se esparcen es un morar de mundos y submundos, entre los que existen grandes personajes que enseñan a traspasar los frágiles umbrales de la existencia. Expresión del gusto de aquellos que en la tibia quietud dejan pasear por sus labios una sonrisa para rememorar los colores que pintan el tejido de una vida.

Una lectura táctil a las pieles que se prestan para ser los pergaminos del cosmos.

Don

Don, una gracia que da luz generosamente.

Con los ecos de la montaña guarda el nacimiento de la vida.

Revelación circular de la palabra que se entrega al otro, que vuelve siempre en correspondencia a la energía cedida.

Voz que habita la raíz del amor universal, fortaleza que a otro ritmo deja ver en sus cortezas las revelaciones de la memoria.

Su lenguaje es fertilidad, trascendencia.

Creación que en cada espacio recorrido guarda la memoria de los árboles.

Los Dones pasan el tiempo y se ofrecen generosamente.

Don JOSÉ MARÍA



92 abril

Axis Mundi.

Tallo leñoso, buen árbol.

Es tu tierra polvo en potencia que se elevará.

En tí se posan los cantos que hicieron nacer a la luna.

Es tu carne la que se disuelve para habitar en protección.

Permaneces solo en el espacio, pero desde lo alto haces conciencia de bosque.

Sostienes el fruto sabio que muchos llaman pecado, pero permites ver lo que dios está viendo.

Tus ramas lloran palabras, la luz de tus anillos permanece, llenas de gracia el espacio, atraes al
arco iris.

Respondiendo a una estación, una a una caen tus hojas, para que tus raíces siempre tomen más
tierra y el pensamiento no cese.

A tu sombra se arriman los infantes para hacer ramas de columpios y entre los vuelos aprehender
de los cuentos y la magia de las alturas.

Son tus musgos el abrigo quieto de fantasmas que con las atareadas olas del cielo caen en gotas
para tu riego.

Todos tus dioses se tallan en tu corteza: Isaac Maju, Barín, Rabi, para terminar siendo el unísono
de tu ser.

Cosmos vivo, perpetuo.

De tu brazo el fuego calienta y alimenta.

Eje del universo.

Vida inagotable.

Hierofanía.

Columna.

Templo.

Centro.

“Vea cómo son las cosas”

Entre cada halo que recibe de la luna, el Axis Mundi gesta la posibilidad del cambio y el retorno: la edad es circunstancial, trasforma con la palabra al espíritu, hace esconder y aparecer a lo creciente, lo lleno y lo menguante para poner a bailar a la tierra al compás de la mezcla de los tiempos.

Sembrado en un pueblo levantado sobre los tres pilares de un templo, donde los días son los mismos, pero los aires no; José María, ángel místico que reposa en la profundidad y se toma de las ramas para guardar las raíces, savias de la tierra profunda. Entre sus pies, se manifiesta el secreto del cual se gesta la esencia del tiempo, alimento fluido donde se cultivan las verdades eternas y se crean nuevos espacios para cada semilla.

Árbol Luna Creciente

Desafortunado para los extraños por carecer de una paterna mano que a la escuela lo lleve, la fortuna de la naturaleza lo abraza. Con la pedagogía del paisaje, aprende a escuchar los recados que las instantáneas nubes dejan en su paso, a prestar atención al beso del agua y del sol que hace parir al verde profundo sin orillas, a leer las siluetas de extinguidos cuerpos que sostienen las vacas en sus pardas letras, a apreciar detenidamente el lenguaje de las ramas que entre las manos de la brisa recrea señas, a observar el verter de la sangre en los vasos que alimentan a los ángeles.

De entre las hierbas del potrero del tío Nepomuceno, sale el pequeño inquieto a observar las largas filas de palas que se extienden paradas, una a una, entre la arada que aguarda por alguien que le eche una mano. Guambra pequeñón que aprende de los mayores a repartir abono, a dejar que entre su sombrero salten bulliciosas chamizas que cargan el *tiempo honrado* en el que cada uno es dueño de lo que trabaja, tiempo en el que la tierra mantiene tranquila lo que en ella duerme: dos o tres pacas de papa con una marca de hierba reposan en ella durante días, pues el cuerpo deja en el espacio, como constancia, la sombra latente del sudor que brota.

Luna... ahora mismo aparecen los años hermosos en que se hacía bailar y se tocaba para *irse por donde se quería*. Después de una jornada de tibio sol, quince reales ganados por la deshidratación recomponen al cuerpo. El espacio polvoriento pinta botellas dobles y generosas que traen en su interior la voz del viento. La bebida llega de La Caldera para recibir posada donde las Martínez.

En un vaivén de fluidos en el que se toma un sorbo de agua oficial y otro de chancuco, se toca cantaditos los versos de los ángeles. *“Así se baila, señor. Qué lindo que es cuando uno tiene toda la energía”*.

Entre sanjuanitos y tangos se marca el más hondo ritmo del corazón, la ilusión del rostro se hace palpable, uno a uno, a la guitarra; los dedos se acoplan legando para los otros penas y alegrías.

Luna... ahora sus dedos se han dormido, dejan centímetros solos, están pasmados y no acompañan. Después de 92 años, su cuerpo se niega a tocar lo que alguna vez ya revivió en música, pues los pliegues le advierten que hay fantasmas que es mejor dejar reposar y no atraerlos a los nuevos tiempos.

El señor dijo con su boca a los ángeles: *“el gallo siempre canta a la medianoche”*, ahora canta a cualquier hora. El hombre ya no desmonta el camino que lleva hasta *“algún lugar”*; falla el hombre, falla al tiempo y el tiempo lo ha abandonado.

José María lee kipus que en su cabello se tejen. Entre sus palmas ajadas, diversas lenguas hablan de multiformes seres animados de niebla, de animales fieles que se entregan en la comunión de la noche, de hombres primigenios de más de cinco codos de altura que habitaron la tierra y que aun cuelgan en la montaña; de dioses y demonios que se figuraron y poblaron en el mar de arriba, ese azul donde navegan los barcos movidos por las olas de las nubes, donde las estrellas guiñan y los seres vuelan por la mezcla de las aguas, cambiantes como las épocas.

Sus manos se hunden en la confluencia de palabras, reviven, palpan los nimbos que hacen brotar el agua en la que duermen los planetas que velan al mundo: sol y luna abrazan desde lo alto al tiempo y recuerdan la batalla que los mantiene atentos al momento en que uno y otro se despiden.

Árbol Luna Llena

Ahí está, al pie de la montaña; consciente de que el padre celestial no le hace favores a nadie, decide ser ese milagro para mover con fantasías al universo. En el espacio, donde la gravedad precisa a su cuerpo a permanecer, desde una pequeña ventana y sobre una larga banca azul, su única compañera, el mayor del mundo espera, con la quietud del frío, encontrarse en el lugar donde habitan las piedras de mármol y volver a ser agua.

La corteza de su rostro es tallada profundamente por el misterio del viento, iluminada por dulces brillos que han visto lo que tal vez ningún mortal ha podido. Surcos diseñados por el tiempo que hacen reverencia a la Gran Tora que de su frente se desprende. Labios escondidos donde se humedece la palabra para salir flotando y aliviar la sed de los mortales.

Consciente de que comparte la tierra, recorre, reconoce y aprehende en cada criatura la magia del sentir propio de la naturaleza. Entre ritos y alabanzas deja ver a los cómplices que se desdoblaron en energía para habitar los elementos.

Con la acción de la *Curadora del Aire* reanima los cuerpos; para sanar la hondura del dolor agita energías en la concentración de la fe y establece sentires que reprenden los excesos. Porque la enfermedad no comulga, es egoísta, lo quiere todo para ella, devora silenciosamente el interior y lo estalla en gritos.

Pero sabe que cuando la cabeza se *bate* no hay cura, hay que alistar botellas de agua para una muerte tranquila. Devenir del agua en sacramento que recibe al cuerpo con el bautizo y lo despide con los santos óleos.

Frente a sus ojos pasa la primera médica, recuerdo de quien, arrastrando negras nostalgias, en su seno curaba su ser. Entre sus pasos, al parecer, poco a poco, subiendo y bajando, lo lleva por el viejo camino. Entre los vientres de bejucos y cañotos ve aventadores, tazas y canastas, ligeras siluetas de los temperantes que se pasean entre fiambres.

Los años se hacen, ilustran el perpetuo miedo de dejar los espacios conocidos.

1895. Cada paso dado vuelve y entre los dedos camina la vieja niebla. La voz del abuelo se anca en el caballo para llegar a la esencia del pueblo primigenio: Pachajoy. En el camino pasan los ilegítimos al caserío de *todas partes*: Pullitopamba. Se asoma a la ventana, cada nombre habita los umbrales de las casas perdidas.

Árbol Luna Nueva

En sus ramas lleva la misericordia, el tiempo le arranca seis frutos y los hace caer al universo.

Al arribo de un espíritu, la última voz de la noche llega por el aire. El páramo se oscurece. La neblina se asienta en la tierra. El menor decide acostarse en la albarda, el viento le destapa los pies cansados. La escritura de arriba, que solo está arriba, tiene una oración para palabrear. El tiempo ya no es tiempo y un aire se apodera del pecho que no da chance a una limpia.

A lo lejos se oye la música de el Tambo, que trae extrañas voces en la caída del día. Afianzado como tabardillo, el sol le pinta el pecho a un niño, la mancha baja por la sangre hasta el corazón y lo detiene.

Por sus manos pasan 14 abril, cada uno con cestos que llevan diez centavos dentro. Con los frescos años, sus alas llegan al Ingenio, dejando un camino de canastas para que arrojen al café en su baño. De pie en pie llega a Sandoná la *Bella* para llenar de realitos el resto de las cestas.

En la sombra de un portón le saluda el acomodado don Polito Córdoba, ese comprador que urde el patio con aromáticas formas. Entre nombres pasa recordando a su fiel Evangelista, plantado ahí por sus “pepitas”, esperando que con el rebote de trotes asomen las bestias cargadas del guaicoso plátano para cambiarlo con paramunas habas.

Páramo, 1895, invocación inmediata que lo sienta en espumosas nubes, donde, acompañado del fuerte frío de oriente, recoge de cinco maticas el bulto de los dedos verdes.

La tierra no *sorprende* a las manos, que no necesitan trucos; en ellas habita la magia. Guachos medianos arrojan cargas exorbitantes de papa lavada. Rodeado de pastos, el buen cosechador rejunta todo, toma lo grueso y también lo delgado, ollucos gallos de 20 centímetros, lágrimas de cebolla en pasto azul que solo flotan en el camino a La Corota.

El camino del ayer ha cambiado; ahora estamos aquí, andando por el áspero kilómetro 7; pesa estar viejo ahora que ya no se puede, 20 años sin dar un paso, la lana dulce de la hierba se apoderó de los montes. Los huesos cantan y ese canto lo *apiora*, lo hace tiritar, lo vuelve frío, dependiente de una mano para andar un poquito tranquilo. *¡Vea como es, todo ha cambiado!*

Solo sombras. La comunión del cultivo de la tierra se acaba, se acaba el alboroto en el que, después de grandes jornadas de trabajo, se compartía la chicha. Los *guangos* de leña ya no

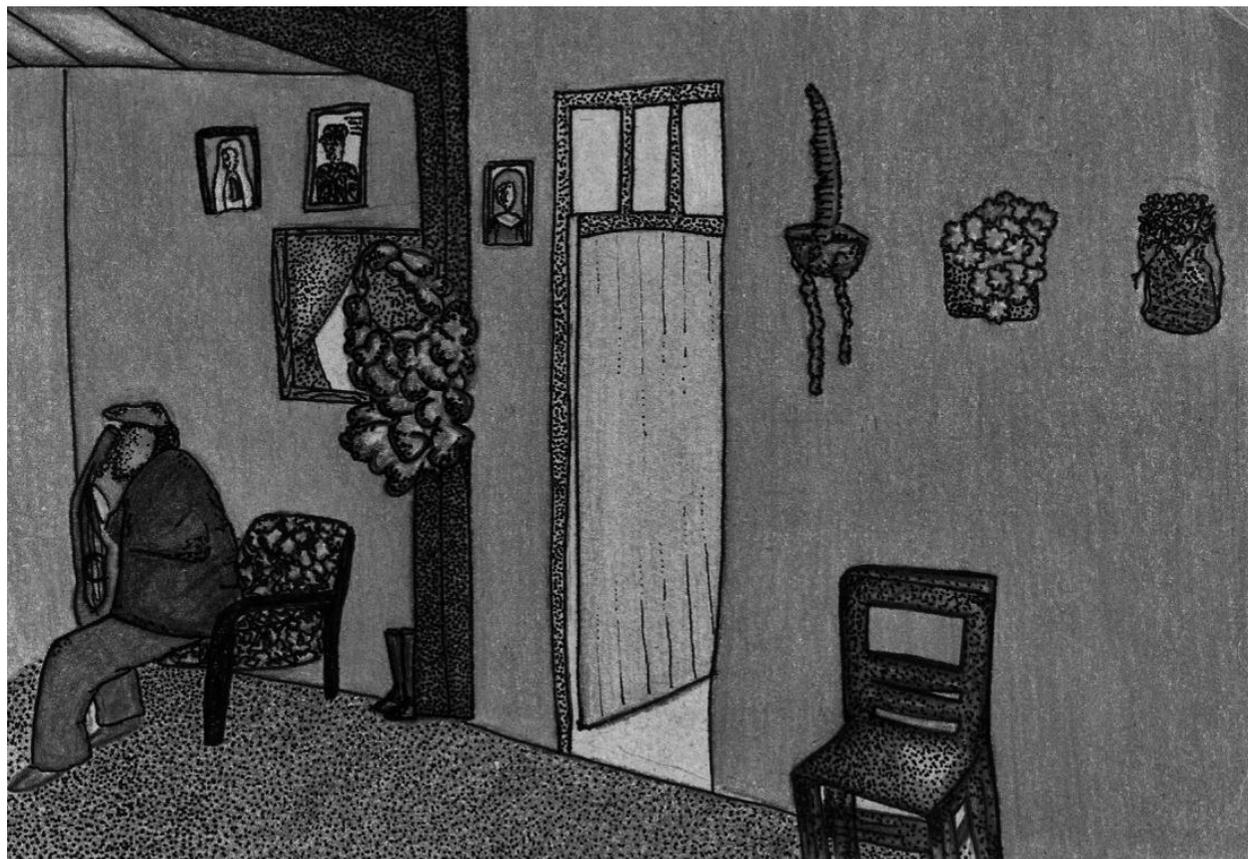
abrazan su espalda. El monte de don Enrique, de puro chilco, puro guarango y palo seco, ahora no tiene quien lo recoja.

Aun así, los retornos del sol en su cuerpo no lo sonrojan, dan plena luz de su experiencia. Si entre el tiempo algo tiende a desaparecer, serán solo sus botas; de sus pies saldrán alas para ascender a la otra orilla, al siglo eterno en el que se sumerge la grandeza del cielo.

Entre la bruna de la noche, manda a pedir el ropaje de las nubes. Es él quien decide en cuerpo *revolver* a la tierra de donde fue tomado y *vertirse* en polvo. Cenizas que en yllus del gran tiempo se elevarán al vuelo de la luz, para dar paso al ciclo de la luna y volver a caer en agua a la tierra.

Abajo quedan sombras temblorosas, pero ellas saben que la luz que las hace vivir seguirá resplandeciendo desde arriba. Ahora el mayor es una divinidad, es paisaje, camina sin hundirse sobre las grandes olas de la tierra.

Don PLINIO



24 de Febrero de 1938

LA PRIMERA RONDA

Desde la *Mancha*, punto de referencia de la alta montaña, sin saber de dónde viene la voz inicia el canto de los niños. Un baúl entrega dones musicales, añejas experiencias envueltas en trozos de tela azul. El *nunca* del mañana, en su lejanía, espera ver los pies cansados que llevan los recados de quienes vienen del pasado.

Años y días precisos se disuelven en la sangre del canto; la luz de la madera cruza paciente los ecos del espacio, toma del vacío los lentes de agua y observa fija dónde ha permanecido el alma. El espectro entrega los cantos de fábulas, desata y teje relatos para hacerse suela en cada rumor de la corriente.

El alma camina la verdad de la boca. Con las ristras de maíz, arroz y mote se fijan en los ojos las sombras que en oración invocan los misterios de la vida.

Entristecida, la distancia se acerca, deja caer en sus tobillos los dolores del pecho. De lado a lado los saludos se oyen, las voces de los sombreros se levantan y las manos lejanas se estrechan con los párpados.

Ciegas voces del fondo se transmiten desde la ventana. ¿Cómo se desafía el invierno? Las respuestas esconden pies de botas que andan solas; saben que es la desnudez la única que abre caminos.

Sobre una gran batería por 20 *riales* un fuego lento se enciende, la imagen lluviosa titila. Comunion posible por la suerte sin intención de un síndico.

Madrugada, es tiempo de bajar a los que no duermen ni dejan dormir; 1945. Campanas de la iglesia se desgarran y de una cruz en astillas el Señor del Amor y de la Buena Muerte ven alejarse las nubes. Llenas de *Dolores*, las torres se levantan para cubrir del viento la *Visitación*.

La memoria ya no le funciona al perdón: “*Yo no tomé nunca, yo me baño no más*”. El canto líquido del maíz llega, sentado da fresquitos para pasar la fiesta.

El camino de la Misión reconoce todos los rastros y los pone a andar, rítmicos al son de los que vienen atrás. Infantes años caminan tranquilos, tocan la bandola entre pronombres y astros que se

niegan a estar en pentagramas. Notas devienen de los árboles para ser leídas con ojos cerrados. Como líneas que marcan la palabra, la voz de Luis Nieto enseña sensaciones y recuerda al oído finito.

Aprendiendo de oído, cada paso deja ir la mirada a través de las puertas arqueadas; los ojos escuchan. El paseo de sombras por las tiendas del memorial mercado trae a la lengua en tolas y cajas el olor de los frutos. Entre sillas de madera y cuero, una reja crema deja salir los cantos.

Las voces no repiten canciones, las plumas de la bandola suben cada nota hasta la oscuridad. 1953: el tercer día del último mes, los comisarios dan la nueva que los cantos fundaran el *Centro*; la manchada montaña ocupa el segundo lugar, coreando al triunfo *Guamalero*.

1958, las fiestas navideñas más grandes y pomposas se ofrecen en nombre de las nuevas uniones. El sonido suelta todo lo que ha cargado y se hace noche y silencio. Notas inéditas para el otro recibe la guitarra. La vitela, firme en su anillo pulgar, se hace plumita al transportar una suave canción que, una y otra vez, baila sobre el mismo pie hasta botar la cruz.

El árbol sacrosanto presenta al nuevo matrimonio. Se ve la franqueza del amor. En la montaña arde la fogata de Inés para secar el cuerpo-barro que se habitará. Carmela y Rosa con arroz y azúcar visten la cruz. La guitarra y el tamo quemado con pasos de virgen llaman a la fiesta.

La razón de los años se observa con quietud *mientras el tuétano se va secando*. La garganta deja sentir la presencia del nacimiento.

El *don* prolonga la existencia y necesita ser acompañado en los pasos del camino destapado. El tiempo, enfriando el cuerpo, envía a las pequeñas nietas para el encuentro con la luz, lo acompañan a cantar al patio, a pintar dibujos y mover sus manos.

El aguacate ya no comulga con los hijos, la mirada perdida hacia arriba lo piensa. La peineta arranca el cabello de la guitarra y el canto de olvidos ronda la cabeza.

Guitarra a Cuatro Tiempos

I

Aunque las dolencias rodean la cueva del viento y las manos sudan,
La sonrisa del puente permanece.

II

Desde adentro, la madera resplandece ardiente para vitalizar el momento.

III

El cuerpo se va ahumando.
El pulso late a los dedos, el corazón llueve ritmos extremos.

IV

Ahora el viento hace fuego, el calor embarga, la curva boca con anís requiere.

Doña LICENIA



"Moneda que está en la mano quizás se deba guardar.

Pero la que está en el alma se pierde si no se da."

Machado.

En la etérea elevación del viaje del sentimiento sabe la quietud física de su tiempo. Sentada al lado del fogón, *contempla*, con un colorido aventador, el movimiento perpetuo de las llamas. Recorre su memoria corporal. Habita cada surco de su rostro y rememora el tiempo de los *riales*, de los *fuertes*. Tiempo cuando la vida se compraba a centavos.

El elixir de la eterna juventud se vierte en la palabra, en su boca cada ser posee un poco de él. Los mayores se marchitan ante el silencio de sus voces, entre los sórdidos círculos de unos nacientes oídos; Licenia nutre su pasado, atemporalidad de la palabra que pone a caminar los muertos, espíritus que entre delgadas líneas de melancolía mezclan ritmos de latidos que no cesan de cantar ni en el descanso eterno.

Levanta sus pies, regresa a Guadalupe, años florecidos donde los ruegos por un baile de boca de don Braulio se hacen cortesmente: *¡venga, le enseñe con mañita!* Las negaciones se toman las manos, ya el tiempo del compás es un deber de viejas.

Una niña se encuentra hincada al filo del ensueño y de la estricta cama. Junto a sus hermanos, evoca las palabras de su madre de dar los buenos días al mundo: *“todo debe ser alabado”*. Cada uno toma la tarea que la madre ha puesto en sus manos: uno cocina morocho, otro barre, otro lava trastes, el otro recoge leña, el otro se sienta a remendar las chilpas, el café lo turnarán por semanas.

Bañada y asegurada sus trenzas, Licenia y su papacito andan monte arriba. Sujetando el perrero lleva a las ovejas amarradas del pescuezo o de la panza. Avanzando, corre a abrir el cerco por donde atravesarán la montaña. *¡Alabado sea el señor!*, saludan al unísono. *¡Para servirlo!* contesta el mayor; Licenia con una pícara inocencia estalla en risas, el padre desenrosca el juguete. *¡Ni pendeja!*, sale a correr como un venado. En lo alto, ollocos y ocas recoge en un canasto, un guango de hierbas para echarlo encima al ático y se baja.

Las nubes se oscurecen, hay sospecha de lluvia. Imágenes de cada instante recorrido con su padre aparecen. La lluvia apaga el fuego de la hornilla.

“Oigan, que voy a leer este renglón”, retumba la palabra paterna. Licenia vuelve a verse sentada en la cocina al lado de la finada Flor y sus hermanos. Con la mirada puesta en las grandes manos que sostienen el libro, se prepara para la temida pregunta del misterio número tres: *“vestir al desnudo”*; la risa se asoma por un instante pero se esconde rápidamente al *presentir* por las

paredes el temido juguete. Uno a uno llegan a su cabeza cada don enseñado: “dar posada al peregrino, dar de comer al hambriento, dar consejo al que lo ha de menester, corregir al que yerra”, mandamientos de la vida en comunidad que entregan sentires, que enseñan a ser *gente*.

Cada lección regresa, ahora entre las madrugadas de los sábados ve tomar en sus manos los blancos círculos de María. Se la ve pasar con sus hermanos, repitiendo en voces, repasando.

Repase y repase, llevando la leche en las cantinas; repase y repase al cutedar la tierra; repase y repase, barriendo: oraciones estudiadas a la medida para las cautelosas preguntas de la tarde.

Aun siente el escalofrío del cuerpo de Pedro que con cada palabra en su boca no cesa de repetir cuantos *siglos de los siglos* dan paso al amén; la cara larga de Jeremías. El más canchero, quien solo limpia sus uñas repitiendo en voz baja el discurso que no temía olvidar. Las piernas cruzadas de Agustín, el intranquilo, a quien le preocupaba enormemente la lección, pues ya sabía que, por ser el menor de su padre, sería el primero.

Los ojos empiezan a pesar, Licenia debe abrirlos. Solo se puede hablar hasta donde los latidos acompañan los ritmos de los cantos.

La mayor mira fijamente a la ventana, ve pasar a sus hermanos moviendo las manos.

Ella queda tranquila de haber entregado el cuerpo y el alma al hogar y a la doctrina; sabe que no está en deuda con el tiempo, ha disfrutado de cada uno de los seres dispuestos en su universo, aquellos para los que no hay límites de volver a ser en palabra, una y otra vez.

Marejada de imaginarios, fantasías desbordadas se ejercitan diariamente; la intuición permanece en el esfuerzo por *comprender* a cada instante el misterio de la hoguera que da la oportunidad de volver al origen.

Don ZACARÍAS

Carecer de la huella, es una ausencia que significa la imposibilidad de vivir, pues ha desaparecido el territorio para estar, y la historia para ser (...) ese camino es un camino del corazón, un camino que hay que andarlo (...) retorno a la búsqueda de la huella primera (...) no lo que se deja sino lo que hay que seguir, lo que hay que saber.”

D. Mamián



Cuando el cuerpo va ascendiendo como el aire, se va haciendo de la hora justa para empezar a mover a los muertos de los espejos y afirmarse con ellos como nubes.

A lo lejos, en la orilla de la tapia, un hombre toca con su retina las nieblas. Zacarías permanece en la tierra, es el encargado de su riego, de pasear los surcos que *conducen* al vacío. Lleva sus nevadas chivas, botas rodilleras cubriendo el rojo pantalón de paño, una ruana café que llega hasta los tobillos y un sombrero negro que mantiene la forma del saludo.

Brumas giran destapando el camino, para que el luto de las nubes empiece a desprenderse desde lo alto.

Pareciera que la lluvia es diferente; obstinado en ver y escuchar la mística del agua, Zacarías escurre la ruana empapada, una y otra vez, para cobijarse.

El ritmo acelerado de las gotas pega rebotes en el barro, consecución de un sonido pando que sube al universo las siluetas de los prójimos.

Ecos de pasos de caminantes se recrean: la voz de José Ramón Sabogal llega desde las Escuelas Radiofónicas de Colombia a informar el día a día; en el tiempo de las nubes naranjas, doña Zaturia Narváez sirve los aplausos de maíz en los mesones de madera del parque; se ve a don Salomón armar el gran rol de tejas y ajustar fuerte la Santa Cruz para que caigan las brujas; apresurado camina don Mesías alcanzando la marcha redoblada de la yunta de bueyes; la rítmica tumba negra es cargada por las manos de don Ignacio Jojoa; del marco de la puerta de doña Máxima Vallejo saltan chispas de aceite que aseguran la respiración de las empanadas de plátano; las bocanadas de vida gris *perfuman* la tienda húmeda de don Néstor; se ve salir con el polvo el cambio del cuerpo envuelto entre la ruana azul de doña Julia Álvarez; la llama del velón de la iglesia crepita al rápido paso de la túnica del Padre Sofonías Ramos; rezando en las parroquias, el padre Alfonso Meza va poniendo punticas de sal en la lengua de los bautizados; de arriba abajo, durmiendo con su ganado y con la linterna encendida, se ve pasar a don Apolinar Hermosa dirigiendo la hilera; las estrellas de anís se pierden en la noche líquida de don Clodomiro Andrade; se empieza a contar los pasos de doña Regina cargando entre sus brazos al puerco chillón; con la escuadra, el hilo y el nivel se ve al sonriente don José María construir versos; impulsando la tierra, don Juvencio Rivera va marcando con su tractor el tiempo lento; repasando los números de la regla, la maestra Rosario Jojoa va sacudiendo las cartillas de la escuela vieja; se oyen las voces de las guacas de piedra de don Alfonso Villota; don Julio Bravo va levantando las tapas del tanque para ver qué pasa por el agua; el herrero Eloy Enríquez en el corredor se entrega a la danza negra de los incorruptibles barrotes; se ve arribar al pueblo al primer médico de Pasto, a don Julio Moncayo; atrás asoma el doctor orines observando fijo los limpios frascos reveladores de la enfermedad; sobando un pie lisiado, don José Francisco sana los huesos que en los arranques optan por separarse: don Aventura Paz camina calmando las altas fiebres de yunga; don Darío Criollo pasa jovial soplando sus 136 velas; columpiando las cantinas en sus brazos, doña María Chamorro sale a brindar la leche que sus vacas le entregan cuando despunta el día; doña Inés Pinza camina sosteniendo fuerte las guascas del tarro amarillo y tapa blanca que

abrazan en su recinto al mote; de la vuelta larga, don Cipriano Pejendino entrega la piedra reventada que dará vía a la carretera; saludando a la ausencia, don Lisandro pasa con la visión de su mano; amarrando los nudos de los cuatro puntos cardinales, Agustín teje en palabra al dios del fuego; doña Clemencia Jojoa duerme a la chicha madre en su tarro rojo para dejarla acariciar en el olfato de la tapa curiosa; don Paulino Eligio lleva en sus brazos al niño bravo que sonrío en milagro a la lluvia; el dúo de don Eliécer Botina y don Gonzalo Martínez va colgando con notas los túnicos del portento de los reyes en el árbol navideño; la colorida Guanga en voz de María y Florencio viene tejiendo con sus hilos la voz de la vida; de entre la sonrisa del choclo sale don Peregrino con los cuatro amigos; don Plinio Jojoa, moreno del hambre, ve el tanque azul que hace flotar y aparecer el fantasma de la panela; con él, su esposa, doña Inés, viene descalza a recoger las huellas de unos zapatos sensibles que anduvieron los pastos de leche; don Jesús Mesías pasa lanzando los pantalones de bayetillas que con el agua entorpecieron sus rodillas; el ambicioso Flor Rojas se asoma por las acequias tratando de chupar toda el agua en su rosa; los túnicos del hermano Luis Felipe Gómez acompañan el camino de la Virgen para que sea la protectora de la gruta; don Héctor Maigual camina con Muñeco tratando de encontrar el ojo del árbol que le dará la fortuna; las cúpulas, en cada latido de la voz de las campanas, van secando el espacio abierto.

Después de ver avanzar tanta agua sobre el barro, las sombras vuelven a la profundidad de la tierra. El terreno queda vivo, fértil y ahora se puede dar fe de lo que las botas cuentan. Cada forma esculpida tiene con su hacer la marca prolongada de cantos y rebotes, visiones adheridas a las pupilas que vuelven a salir cuando Zacarías se moja los labios.

CONCLUSIONES

El pasar de los días siempre deja algo, enseña. Los espíritus y sus energías brindan visiones auténticas de la comunidad, disponen sus rostros en el territorio a la manera de un tiempo-espacio *mítico primordial* para ser recreados. La labor del peregrino, que en su llegada toca las puertas visibles e invisibles del territorio, es percibir cada mensaje que dispone el universo.

La educación debe reconocer la profundidad de la cotidianidad como fundamento primario de formación, pues en su marcha lleva pensamientos y sentires donde la sustancia de la tradición es el eje central que se agota y se fortalece constantemente. Debe animar la búsqueda en el espacio y el tiempo de la transgresión de silencios y espacios e inventar y sugerir mundos de ensoñación, magia y poesía, pues el enseñar poético mira en lo cotidiano un aprendizaje profundamente humano. Un saber que, permite la participación mutua y constante de sentires e individuos que aunque no pertenecen a una comunidad académica, no pueden desconocerse como portadores de conocimientos.

La relación del hombre con los seres y el entorno lo envuelven en un diálogo, lo hacen heredero y aprendiz de la tierra. Escuchar la voz de los árboles, el eco de las montañas, los rastros del camino y otros seres que tienen los interrogantes y las repuestas de la vida fortalece su labor de caminante, brinda un pensamiento que toma de la mano a los *otros* para recrear su identidad con ellos.

El andar trashumante de la cotidianidad reivindica en la vida el sentido de sus avatares, los nutre con la intención de incorporar sentidos equivalentes a realidades significativas que están dentro de un sentir común.

BIBLIOGRAFIA

AGUILAR, Irving. (2012). *La casa, el sí mismo y el mundo: un estudio a partir de Gaston Bachelard*. Tesis doctoral. Barcelona: Universidad de Barcelona.

ALLENDE, Juan Rafael. (1893). *Memorias de un Perro Escritas por su Propia Pata*. Santiago de Chile: Imprenta B. Vicuña Mackenna.

ARGUEDAS, José María. (1996). *El Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo*. España: ARCHIVOS ALLCA XX.

AZARA, Pedro. (1992). *Imagen de lo Invisible*. Barcelona: Anagrama.

BACHELARD, Gaston. (2002). *La Intuición del Instante*. México: Fondo de Cultura Económica.

CORREDOR, Andrés. (1991). *Maloka, una Aproximación al Cuerpo de la Madre*. Revista MopaMopa, número 7. Instituto Andino de Artes Populares IADAP. Pasto.

CEBALLOS Jacqueline y FAJARDO Jonathan. (2008). *Rumor de la Noche*. Trabajo de grado, Licenciatura en Filosofía y letras. Universidad de Nariño, San Juan de Pasto.

CLAVIJO, Jaime. (2014). *Cute: de la herramienta al concepto*. Revista Mopa Mopa, número 21. Instituto Andino de Artes Populares.

DE CERTEAU, Michel. (2000). *La Invención de lo Cotidiano: I Artes de Hacer*. Universidad Iberoamericana. México: Departamento de Historia Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

FRIEDE, Juan. (1976). *El indio en lucha por la tierra*. Bogotá: Punta de Lanza.

ELIADE, Mircea. (1991). *Mito y Realidad*. España: Editorial Labor.

GIANNINI, Humberto. (2004). *La reflexión Cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*. Chile: Editorial Universitaria.

GALEANO, Eduardo. (2001). *Las Palabras Andantes*. Argentina: Catálogos.

LANDABURU, Jon. (2009). *Romanticismo y Oralidad*. Revista MopaMopa, número 01. Instituto Andino de Artes Populares.

LAUER, Mirko. (1994). *La cultura Popular Bien Pensada*. Revista de Literatura Hispánica, número 39.

MAMIAN, Dumer. (2013). *Experiencias Investigativas y Acción Política en los Andes Septentrionales*. Ponencia presentada al Foro “Andes Septentrionales y Academia: discusiones sobre tejido regional”, organizado por “Universidad Crítica”, con el apoyo del programa de Antropología de la Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

----- (2000). *Rastros y Rostros de un Camino para Andar*. Revista MopaMopa, número 14. Instituto Andino de Artes Populares.

NALLIM, Maria Alejandra. (2001). *Voz y Memoria. Mito, historia y literatura en la cuentística Tizoniana*. Revista Cuadernos No. 19.

NANCY, Jean Luc. (2002). *La Imagen de lo Distinto*. Revista Laguna.

OJEDA, Elizabeth. (2009). *Representaciones sociales de comunidad en la parcialidad de Jenoy*. Trabajo de grado de Magister en Etnoliteratura. Universidad de Nariño.

PALACIOS, Juan José. (1983). *El concepto de la región: la dimensión espacial de los procesos sociales*. Revista Interamericana de planificación .Vol XVII, No. 66.

PERUGACHE, Jorge. *No somos venideros. Somos originarios, somos Genoyes: la reconstrucción del Cabildo y Resguardo indígena de Jenoy (Nariño)*. Monografía de antropólogo. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: 2008.

RULFO, Juan. (2005). *Pedro Paramo*. México: Editorial R.M.

VEJARANO, Elizabeth. (2006). *El ánimo como impulso vital del ensoñador de palabras*. Artículo revista Habladurías número 5. Universidad Autónoma de Occidente. Julio

VERGARA MUÑOZ, Nelson. (2011). *Cotidianidad y significación: aproximaciones al tema de la memoria desde el pensamiento de Humberto Giannini*. Editora UFPR.

YUPANQUI, Atahualpa. (2009). *El Canto del Viento*. España: Tres tréboles.

NETGRAFÍA

CUELLAR, Hortensia. Hacia un nuevo humanismo: Filosofía de la vida cotidiana, en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-879X2009000100001 (Acceso 30 Agosto 2014)

YVARS, José Francisco. Notas para una teoría de la crítica en Walter Benjamin. Revista Latinoamericana de Filosofía http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-73532009000100004. (Acceso 1 de Agosto de 2015)

LUJÁN, María y GARCÍA, Tomás. *La casa Rural en Lorca: patrimonio etnográfico del municipio de Lorca*. http://www.amigosdelmuseoarqueologicodelorca.com/alberca/pdf/alberca7/7_09.pdf (Acceso el 2 de Mayo del 2015)

MUSCHIETTI, Delfina. Dossier “Poesía y Traducción”. Revista de la Red Interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia. <http://lirico.revues.org/1130>. (Acceso 19 de Octubre del 2015)

ARCHIVO AUDIO:

Grabaciones magnetofónicas, archivo Dumer Mamián Guzmán.